

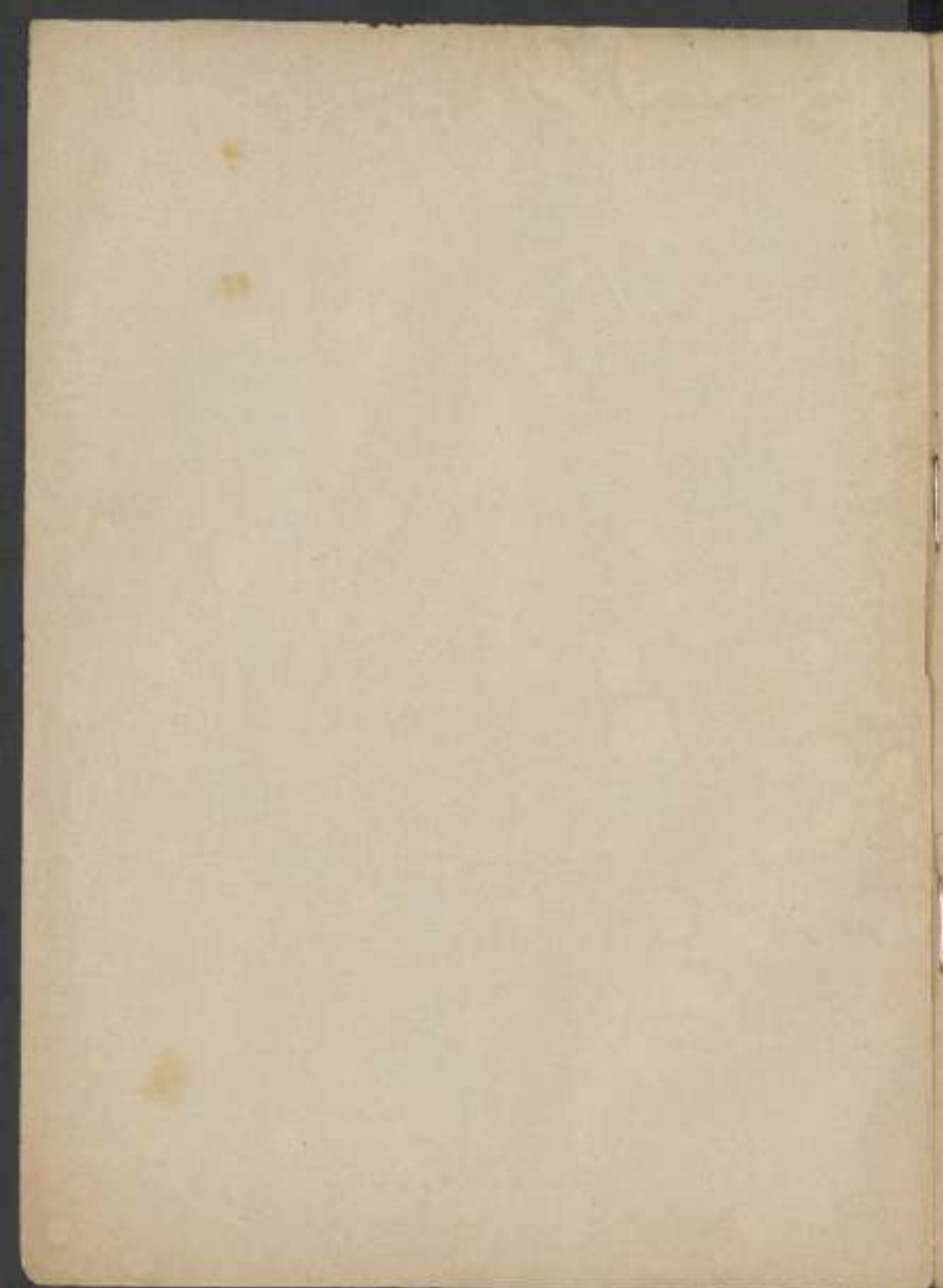


LA LLAMA ETERNA

NORMA SHEARER
LESLIE HOWARD
FREDRIC MARCH



**EDICIONES
BISTAGNE**



LA LLAMA ETERNA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

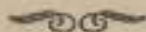
Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

LA LLAMA ETERNA

Magnifico asunto, de gran éxito. Maravilloso poema de amor.

Dirigido por
SIDNEY FRANKLIN

Es un film de la famosa marca
METRO - GOLDWYN - MAYER



Distribuido por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reperto

Moonyeen		<i>Norma Shearer</i>
Kathleen		
Kenneth Wayne		<i>Fredric March</i>
John Carteret		<i>Leslie Howard</i>
Doctor Owen		<i>O. P. Heggie</i>
Willie Ainley		<i>Ralph Forbes</i>
Sra. Crouch		<i>Beryl Mercer</i>
Ellen		<i>Margaret Seddon</i>
Ordenanza		<i>Forrester Harvey</i>

La llama eterna

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Sentado en el parque de su casa solariega, con el rostro hundido entre las manos, sir John Carteret evocaba el recuerdo de la tragedia que ensombreció su juventud.

De esas fugaces horas de felicidad sólo quedaba una tumba, allá en el pequeño cementerio local, con una lápida que decía:

MOONYEEN CLARE

Nacida en 1848

Muerta en 1869.

Un suspiro de angustia se escapó de su pecho:

—¡Moonyeen! ¡Moonyeen! ¡Si pudiera estar contigo!... ¡Si supiera cómo llegar a tu lado!...

Y al desvanecerse el eco de su queja, apareció el espectro de la muerta.

—¡Querido John! —murmuró.

—¡John adorado! Siempre estoy contigo. Cuando me necesitas, siempre estoy a tu lado.

—¿Por qué he de sufrir este tormento?

—Ten paciencia, querido. Algún día volveremos a unirnos. Estos años no han sido, en realidad, más que unos momentos; y los años que aún hemos de aguardar, pasarán como un soplo. Procura oírme, querido. A veces lo logras.

—¡Moonyeen! ¡Moonyeen!

Sir John volvió a sepultar la cabeza entre las manos, el espectro

se desvaneció, y la voz de Ellen, la doncella, rompió el encanto:

—¡Sir John! ¡Sir John! ¡Debí comprender que estaría usted aquí!

—¡Oh, calla, Ellen! ¡Serías capaz de ahuyentar a cualquiera!

—Pero, sir John... Le he dicho más de una vez que nada bueno ha de lograr hablando con aquella que murió hace ya treinta años...

—¿Nada bueno y es lo único que me hace vivir?...

* * *

Sir John se hallaba sentado en su biblioteca cuando el mayordomo le anunció la visita de su amigo, el doctor Owen.

Se saludaron afectuosamente.

—¡Hola, John!

—¡Owen! Conque... ¿estás de vuelta?

—Así parece.

—Vaya, vaya y... ¿cómo has encontrado Irlanda?

—Magnífica desde el punto de

vista de la pesca. Hace muchos años que no he pescado tanto. Te eché de menos, John. Debiste haber venido. El cambio de aires te hubiera sentado bien.

—No necesito cambio de aires.

—Sí, John.

—¿Cómo?

—Mira, ¿no sabes lo que empieza a decir la gente?

—Sí, ya sé que me creen algo mal de la cabeza, ¿verdad?

—Verás, es... es tu maldita costumbre de pasarte la vida en el parque conjurando fantasmas; te hace más daño que bien... Pero... no hablemos de eso ahora.

—No lo creas, Owen. En primer lugar, yo viviré como se me antoje.

—¡Pues claro, John! Bien sabe Dios que no quiero entrometerme... Tengo demasiado sentido común para eso.

—Lo sé; pero... ¿me haces el favor de escucharme? En segundo lugar, es un gran consuelo para mí

eso que tú llamas conjurar fantasmas... Da la casualidad de que creo que ciertas veces Moonyeen se halla muy cerca de mí, ¿sabes?, y seguiré creyéndolo pese a lo que diga o piense la gente.

—John, amigo—suplicó el doctor—, dije que no hablásemos más del asunto. ¿Puedo sentarme?

—Perdona; siéntate, siéntate...

Owen se dejó caer en una butaca y sir John le preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

—Claro. ¡No faltaba más!

El doctor apuró la copa que le llenara su amigo y, de pronto, le dijo:

—John...

—¿Qué?

—La hermana de Moonyeen ha muerto.

—¿Cómo?

—Ella y su esposo murieron aho-

gados hace unos días... Una borrasca hizo naufragar su barco cerca de la bahía de Dublin.

—¡Es horrible!

—Sí, y han dejado una criatura sin amparo...

—¡Ah! Ahora recuerdo que tenían descendencia.

—Es una niña.. Es... es simpaticuísima.

—¡Ah!

El doctor escudriñó con la mirada a su amigo antes de continuar.

—Hablan —agregó vacilando— de meterla en un asilo...

—¿Cómo? ¡Imposible!

—Eso mismo pensé yo. Conque...

Durante unos momentos guardó silencio el doctor, como si buscara la mejor manera de decirle a sir John lo que le quería decir; y al cabo añadió bruscamente:

—Mira, John, no te enfades, pero... ¿qué te parecería si viniese a vivir aquí?

—¿Aquí?—repitió con asombro e incredulidad el aristócrata—. ¿Una criatura en esta casa?

—Sí.

—¡No seas absurdo!

Luego, como si quisiera dulcificar su brusquedad, observó:

—Cuenta conmigo para la cantidad que haga falta.

—Lo que hace falta en esta casa —insistió el médico— es una criatura. Tendrías algo en qué pensar...

—Es de todo punto imposible.

—Pero, John, esa pequeña...

—No, no y no.

—Lo que yo quiero es...

—Owen, te lo suplico, no hablemos más del asunto.

—John—dijo el médico poniéndose de pie y hablando con cierta dureza—, creo que no me he dado cuenta hasta esta noche de lo mucho que te han cambiado los años.

—¡...!

—Tu pena se ha convertido en vicio... te has hecho egoísta, morboso...

—Te agradeceré que no te inmiscuyas en mis asuntos—respondió sir John con brusquedad.

—Has vivido durante tanto tiempo en las tinieblas — prosiguió el médico sin hacerle caso—, que ahora sientes odio hacia la luz.

—¡Déjame en paz!

—Buenas noches.

—Adiós.

El doctor giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Sir John, de pie junto a la chimenea, murmuró, contemplando el fuego que chisporroteaba en el hogar:

—Es absurdo... Viviré como se

me antoje... No quiero órdenes de nadie.

En aquel momento un portazo le hizo volver la cabeza sobresaltado.

—¿Qué significa eso?—comenzó a decir con enfado; pero al ver cerca de él a una niñita, aquella niñita aludida por el doctor y que éste introdujo en el saloncito antes de partir, añadió, aun cuando con cierta brusquedad: — ¡Oh! ¿Qué quieres? ¡Eh!... ¡Ven aquí!... ¡Ven aquí!

La niña le miró sin obedecer su llamada. Luego, con voz pausada observó:

—Creo que no me gustas.

El acento de la muchacha le desconcertó.

—¡Caramba! — exclamó sin saber cómo tomar el desaire—. Eso me hiere. ¿Por qué no te gusto?

—Porque eres tan gruñón—respondió la niña—. Se lo diré a mi papá.

—¡Oh!

La voz de sir John se tornó más dulce. Bondadoso en el fondo, sintió una infinita compasión hacia la huerfanita, y dijo:

—Lo siento. Te pido mil perdo-

nes. No fué intención mía molestarte, te lo aseguro. ¿No... no quieres darme la mano?

—No hemos sido presentados—objetó la niña con naturalidad.

—¡Ah! ¡Pues es verdad! Bueno, pues... ¿cómo te llamas?

—Kathleen. ¿Y tú?

—John. ¡Tanto gusto!

Dió a la niñita la mano con fingida seriedad.

—Tanto gusto—repitió la niña.

Una vez hecha esta presentación, Kathleen pareció animarse un poco.

John, descomosido de entretenerla, pero cohibido por la presencia de la muchacha y desacostumbrado a la sociedad de nadie por su voluntario retiro del mundo desde hacía tantos años, no sabía qué hacer ni qué decir.

—¿Te... te gustaría ver unas estampas muy bonitas?—dijo por fin rompiendo el embarazoso silencio.

—No... — respondió ella—; no, gracias.

—¿No?... Debe de haberte resaltado rudo el viaje, ¿verdad?

—Sí, gracias.

—¿Te... te gustaría un poco de leche o algo?

—No... no, gracias.

—¿Acaso... acaso te gustaría venir a vivir conmigo?

—No... no, gracias.

—¿Por qué no? ¿No te gusto?

—No... no, gracias.

Pero sir John, a fuerza de solicitudes, logró que la niñita se quedase en su compañía.

II

Habían pasado los años. La guerra europea acababa de estallar. Kathleen se había convertido en una mujercita encantadora. Sir John, que tantas dificultades pusiera a que fuese a vivir con él, ahora la quería con locura, amor que compartía el doctor Owen.

La adoración de su padre adoptivo aumentaba de día en día porque sir John había observado que, con el transcurso del tiempo, Kathleen se había convertido en el vivo retrato de la difunta Moonyeen.

Willie Ainley, amigo del doctor, se enamoró de la muchacha y un día que salieron de paseo por el campo, se declaró. Kathleen echó la

declaración a broma y, como quiera que en aquellos momentos se desencadenó una tormenta, ambos jóvenes se vieron obligados a buscar asilo contra la lluvia.

El azar les condujo hacia un viejo caserón sobre cuyo pórtico se leía:

BENJ. WAYNE
FECIT
1864.

—Hace cerca de cincuenta años —observó Willie contemplando la inscripción— que nadie entra en esta casa.

—Pues antes de cincuenta segundos va a haber dos personas dentro

—aseguró la muchacha, que estaba calada hasta los huesos.

Willie abrió una ventana y saltó dentro de la casa y, momentos después, le franqueó la entrada a su compañera.

Juntas avanzaron a tientas por el interior hasta encontrar una vela.

El muchacho encendió fuego en el hogar y Kathleen se sentó en una butaca.

—¡Willie! — dijo de pronto—. ¿Es posible que nadie haya entrado en esta casa desde hace cincuenta años?

—Sí.

—¿Sabes, Willie?—agregó, pensativa, después de una pausa—. ¡Aquí se encierra un misterio!... Uno no se va y deja la casa así... ¿Por qué no pusieron en orden las cosas los sirvientes?... ¿Por qué no levantaron esa silla del suelo y guardaron esa ropa?

Y señalaba los objetos que nombraba, llena de curiosidad. Pero a Willie no le interesaban los misterios.

—Bueno y a qué preocuparse de eso ahora?

—¡A la gente le daba miedo en-

trar en este cuarto!—aseguró Kathleen con voz hueca—. ¡Aquí habrá ocurrido algo... algo... algo extraño y terrible!

—¡Qué ideas más lúgubres tienes!

—Cerraron las puertas y se marcharon para siempre — prosiguió ella en el mismo tono, sin hacer caso de su compañero—, ¡como si pesase una maldición sobre la casa!

—¿Sabes que me estás poniendo la carne de gallina?—observó Willie con desagrado.

Kathleen se puso en pie y recorrió lentamente el cuarto.

—¡Willie!—gritó de repente, excitada.

—¡Una invitación de boda! — respondió ella desarrugando el papel que había recogido del suelo.

Willie se acercó y empezó a leer por encima del hombro de Kathleen:

El señor Richard Clare y esposa, del Castillo Clare, Wicklow, tienen el honor de invitar a don Jeremy Wayne...

—¡Jeremy Wayne!—interrumpió Kathleen, sorprendida. Luego,

continuando la lectura iniciada por el joven, dijo:

—...a la boda de su hijo Moon-yeen Clare con sir John Carteret...

Esta vez fué Willie quien interrumpió:

—¡Sir John!

—¡Moonyeen Clare! — repitió Kathleen, maravillada—. ¡La hermana de mi madre! Pero nunca llegaron a casarse... ¡Murió aquel mismo año! Es la tragedia de la vida de tío John... ¡Qué extraño! ¿Crees tú que la tragedia de mi tío pueda tener relación alguna con esta casa... con este hombre?...

—No tengo la menor idea.

—¡Mira!—dijo ella pensativa.

—Cuando Jeremy Wayne recibió la invitación, la arrugó y la tiró al suelo. ¿Por qué haría eso?

—Tal vez estuviese borracho—respondió Willie fijándose en la licorera—. ¡Se había bebido ya media botella!

—¡No seas necio, Willie! ¡Si está más claro que el agua!...

Lentamente alzó la muchacha la vista hacia el retrato que colgaba de la pared. Luego dijo convencida:

—Jeremy Wayne... También él la amaba... ¡Yo sé lo que ha pasado en este cuarto! ¡El se suicidó aquí mismo!

—¿Eh?

—Por eso cerraron las puertas y dejaron las cosas tal como estaban—prosiguió Kathleen dejándose llevar de su imaginación—. No le era posible vivir sin ella... ¡Aquí encontraron su cadáver!

En el silencio que siguió a su dramática declaración sonó un sonoro chasquido que hizo dar un salto de pavor a la pareja.

Kathleen, agarrada fuertemente a Willie, volvió con terror el rostro.

—¡Oh!—dijo dando un suspiro de alivio—. No era más que uno de los troncos que arden en la chimenea, que ha caído.

—¿No te parece que tal vez fuese mejor que saliéramos de aquí?—preguntó Willie aun no repuesto del todo de su sobresalto.

Y, antes de que su compañera pudiera contestarle, agregó sobrecoído:

—¡Chitón!... ¡Un coche!

En efecto, en el exterior se oían

pisadas de caballos que, poco a poco, se iban aproximando.

—¿Tú crees que será un... un coche de veras? — preguntó Kathleen con voz insegura, acercándose espantada al muchacho.

Este la impuso silencio con un gesto y la rodeó con sus brazos para protegerla.

Se oyó el ruido de la puerta al abrirse; luego el ruido de pasos amortiguados.

Los dos jóvenes se cruzaron miradas de espanto.

De pronto apareció un hombre en la puerta del cuarto.

El rostro de los jóvenes se serenó al ver que se trataba de un hombre de carne y hueso.

Este, al encontrar que la casa no estaba deshabitada, se quitó el sombrero y dijo sonriendo:

—Muy buenas.

—Muy buenas — respondió la pareja.

—Hace un tiempo terrible, ¿verdad? — observó el recién llegado.

—¡Terrible! — aseguró Kathleen mirándole con vivo interés y sonriendo.

—¡Terrible! — repitió Willie como un eco.

—Le sorprendería la lluvia, ¿verdad? — preguntó ella.

—Sí... sí.

Tras esta afirmación, el desconocido guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

—Perdonen ustedes si resulto curioso, pero... ¿viven ustedes aquí?

—¡Oh, no! — repuso la muchacha como si le extrañase que pudiese suponer semejante cosa.

—No... — se apresuró a explicar Willie —, es que... llovía mucho...

Kathleen suplementó su explicación:

—Nos habíamos guarecido bajo un árbol — afirmó muy seria — y cayó un rayo sobre el árbol vecino y... y... mató a dos vacas.

—¿Vacas? ¿Qué vacas? — exclamó asombrado Willie. Luego, dándose cuenta de que había metido la pata, intentó disimular—. ¡Ah, sí! ¡Dos vacas!

—No, tres — aseguró el desconocido con malicia —; sí... acabo de ver los cadáveres.

Los tres se miraron y Kathleen se echó a reír.

—¡Oh!—dijo—. Pues luego saltamos por la ventana para guarecernos de la lluvia.

—Sí—agregó Willie—. Estábamos calados hasta los huesos...

—Lástima que no sea más cómoda la casa—dijo el extraño—. ¡Me alegro que hayan podido encender el fuego!

Se acercó a la chimenea al hablar e intentó echar un leño en el fuego; pero Willie se lo impidió.

—Gracias... gracias—dijo—. Ya lo echaré yo.

El desconocido se encogió de hombros y se volvió hacia la joven.

—Me temo que se ha acatarrado usted—murmuró solícito—. Quisiera poderla ofrecer algo caliente... Perdóne un momento...

Se dirigió a Willie.

—¿Me permite usted?—dijo cogiendo la vela.

—Sí, claro, pero...

—No tardaré más que un segundo—aseguró el desconocido, llevándose la vela a pesar de las protestas.

Una vez solos en el cuarto, Kathleen preguntó en un susurro:

—¿Quién será?

Willie dirigió la mirada a la habitación contigua antes de replicar. El desconocido buscaba algo sobre la mesa del comedor.

—No sé quién será—dijo el joven—, pero me lo figuro.

—¿Quién?—insistió Kathleen.

—¡Fíjate! ¿No te das cuenta de cómo examina la vajilla de plata?

—¡Por Dios, Willie, no seas tan mal pensado!

—¡Calla! Ahora vuelve y... ¡true algo debajo del brazo!

No tuvo tiempo de decir más, porque el desconocido entró en el cuarto y, sacándose de debajo del brazo una botella, le dijo a Kathleen:

—Lo que a usted le está haciendo falta, señorita... ¡Mire!... ¡Una botella de Oporto añejo!

—¡De 1847!—exclamó ella al ver la etiqueta.

—Justo. Es lo mejor que he podido encontrar.

—Tal vez sea preferible que nos presentemos—apuntó Willie acercándose—. Yo me llamo Ainley.

—Tanto gusto.

—Pero... — prosiguió Willie—, ¿va usted a abrir esa botella?

—Por lo menos voy a intentarlo.

—Ese vino no le pertenece...

—Cuestión delicada es esa—repuso el desconocido sin inmutarse.
—Más tarde lo discutiremos.

—¿Se da usted cuenta de que ese vino vale por lo menos tres o cuatro libras la botella?—insistió Willie.

—Razón de más para que sea bueno.

Viendo que sus argumentos no producían mella en el desconocido, Willie se dirigió a Kathleen:

—Pero... ¿tienes tú la intención de participar en semejante acto?

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer—aseguró ella tan serena como el desconocido.

Con mucha tranquilidad acabó éste de descorchar la botella. Luego le quitó el pañuelo a Willie del bolsillo y, tras de limpiar con él el polvo que cubría el cuello de la misma, sirvió una copa a Kathleen.

—Compañero en crimen—dijole sonriendo a Willie—, ¿no quiere beber con nosotros?

—¡Ni soñarlo!—repuso el aludido con enfado.

Kathleen, sin dejar de mirar al extraño, se acercó la copa a los labios.

—Y... ¿y si brindáramos?—interrogó él.

—Yo sé un brindis — aseguró Kathleen.

—¿Cuál?

Ella se retiró la copa de los labios y, alzándola, exclamó:

—A su salud... a su honor... y a la salud de toda su descendencia.

—Bonito es el brindis.

—Es un brindis irlandés y no sé otro mejor...

Fué él, entonces, quien se preparó a brindar.

—Que sigáis tan joven y tan hermosa cual sois, hasta el día del Juicio Final—dijo con voz pausada—, y que nunca olvidéis a quien tal cosa brindó.

Después de apurar la copa, Kathleen observó:

—Me preguntó, al mirarle, si no nos hemos conocido antes.

—No; no nos hemos conocido...
Yo no la hubiese olvidado...

Kathleen se echó a reír.

—¿Por ventura será usted también irlandés?

—Acabaría siéndolo si la viese a usted con frecuencia.

—Pues si no es irlandés, será norteamericano.

—¿Cómo ha podido adivinarlo?

—Por su manera de hablar.

—¿Tan extraña es?

—No pronuncia usted bien. Diga "sillón", por ejemplo.

—Siyón.

—Siyón, no; "sillón".

—Siyón.

—Sillón.

—Siyón.

—Así, no—dijo ella riendo.

—¿No?

—No; pero es igual; no se preocupe por eso.

Willie, que escuchaba la conversación sentado al otro extremo del cuarto, dirigió una mirada poco amistosa al desconocido, a la par que murmuraba:

—¡Cuánta tontería!

—Opino que eres tú el que hace el tonto, Willie—observó Kathleen; y, dirigiéndose de nuevo al desconocido, le dijo:

—Dígame: ¿qué hace usted en Inglaterra?

—Vine para alistarme.

—Pero... ¡si Inglaterra no ha entrado en la guerra!

—Es que yo soy medio inglés... y me gusta pelear.

—¡Hombre, eso está bien! ¿Sabe usted que nos estamos portando de una forma escandalosa?... Aunque no creo que le importase a él.

—¿A quién?—preguntó el extraño, sorprendido.

—Pues al dueño de esta casa... a Jeremy Wayne—explicó ella alzando la mirada hacia el retrato.

El desconocido se puso en pie, cogió el candelabro y se acercó al retrato, iluminándolo.

Kathleen le siguió y dijo tras de admirarlo:

—¡Qué figura más romántica! ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Me gusta esa expresión suya... ¿Sabe usted—dijo interrumpiendo—

se y volviéndose hacia el retrato de pronto—que no deja usted de tener cierto parecido...?

—Es mi padre—contestó el desconocido.

—¡Su padre!

—Y yo soy Kenneth Wayne...

—¡Vaya! — exclamó Kathleen encantada—. ¡Si parece una novela!

III

No transeurrieron muchos días sin que los dos jóvenes volvieran a encontrarse. Kenneth se hizo el contradictizo con ella y logró que le acompañase a dar un paseo.

Luego fueron juntos a tomar el té y, tras mucho forcejeo, decidieron quedarse allí mismo a cenar.

Kenneth anunció a Kathleen que, dentro de un mes, tendría que marchar al frente con su regimiento y, hacia fines de la cena, el amor se convirtió en asunto de la conversación.

—No sé...—dijo lentamente Kenneth—; pero creo que el amor es... ¿Tú sabes lo que es el amor?

—¿Qué?—preguntó ella.

—Pues, verás, hay... hay muchas clases de amor...

—Sí, ya lo sé; pero hablábamos de... del amor de verdad.

—Sí.

—El amor de verdad es eterno...

—Sí, ya... pero...

—No hay peros que valgan —aseguró Kathleen—. Sé muy bien lo que digo... El amor es... algo que se siente... Se presenta de improviso... Es inútil luchar contra él... Y, si yo amase a alguien, le amaría eternamente.

* * *

Fué la propia Kathleen quien descubrió a su tío la amistad existente entre ella y Kenneth; pero jamás se hubiera podido imaginar ella el efecto que iba a causar su revelación.

El doctor Owen, resplandeciente en su nuevo uniforme de comandante de sanidad, se había presentado a comer.

Kathleen se levantó alegremente al acabar la comida y, alzando su copa rebosante de Oporto, propuso un brindis:

—¡Al comandante Owen, del cuerpo de Sanidad!

—¡Caramba!—comentó el aludido—. ¡Nunca le había visto beber vino de Oporto a la muchacha hasta hoy!

—¡A su salud, señor!

—Gracias, hija mía.

—Soldado, caballero... pero pésimo jugador de ajedrez—dijo sir John completando el brindis.

—Eso es falso a todas luces—protestó el doctor.

—¿De qué cosecha es este vino?—intervino la muchacha.

—¿Eh? Es vino de Oporto de Cockburn del año 1896, si tantas ganas tienes de saberlo — repuso sir John.

—¡Mil ochocientos noventa y seis! ¡Hum! No está mal tratándose de un vino tan nuevo.

—¿Cómo? ¿Conque no está mal? ¿Has oído, Owen? ¡Dice que el Cockburn 1896 no está mal!

—No es que diga que no sea bueno—transigió Kathleen con aire de superioridad—; pero no puede comparársele con el de 1847.

—¿Mil ochocientos cuarenta y siete? ¿Qué sabes tú del vino del cuarenta y siete?

—Pues mira, me tomé un vaso de él el otro día.

—¿Conque sí, eh?

—Vaya.

—¿Quién te lo dió?

—Un hombre a quien conocí estando con Willie.

—¡Ah!... ¿Qué hombre era ése?

—Vamos, Kathleen, dílo—suplicó el doctor en broma—. Me gustaría conocer a un hombre que tiene Oporto de 1847. ¿Nos le podrías presentar?

—Supongo que sí.

—Habla, pues — dijo sir John sonriendo.

—Willie y yo nos refugiamos en un caserón antiguo el otro día para librarnos de la lluvia...

—¿Qué caserón?

—Pues un caserón muy viejo y deshabitado.

—Esto me huele a aventura—intercaló Owen.

—Escuchad; no veo motivo para andar con misterio: fué en la antigua casa de Wayne...

—¿La casa de Wayne?—repitió sir John lentamente.

Kathleen interpretó mal el significado de aquellas palabras.

—Sí, esa casa vieja y desierta que se halla cerca de la carretera Mason, ¿sabes? No había entrado un alma en ella desde hace cincuenta años cuando, de pronto, se pre-

senta el dueño procedente de Norteamérica...

Sir John dió un salto en su asiento.

—¡Ha vuelto! ¡Jeremy Wayne!

—¡Oh, no, tío! Jeremy Wayne, no. Jeremy Wayne murió. Hablo de su hijo. Vino a hacerse soldado.

—¡Murió!—murmuró sir John, apretando con tal fuerza el vaso entre sus dedos, que saltó el cristal hecho añicos—. ¡Murió!

Por primera vez se dió cuenta la muchacha del cambio de expresión que se había operado en el rostro de su tío.

—¡Tío John!—exclamó espantada y sin comprender.

El doctor Owen se puso en pie bruscamente y se acercó a él.

—¡John! ¡John!—dijo.

El anciano se puso en pie y, sin responder, se fué del comedor y salió al parque de la casa.

—¡Owen!—preguntó Kathleen, sin salir de su asombro—. ¿Qué pasa? ¿Qué hizo Jeremy Wayne?

—No te lo puedo decir—respondió tristemente el médico.

—Pero... ¡por el amor de Dios, Owen, yo!...

—El lo quiere así, Kathleen. Debes olvidar.

—¿Olvidar? ¿Cómo quieres que lo olvide? Owen, es preciso que me lo digas.

—No; no puedo.

—Entonces—dijo resueltamente la muchacha—, se lo preguntaré a él.

—No, por favor, no debes hacer eso. No sabes cuánto dolor le producirías. ¡No insistas, te lo suplico! Es mejor así. Créeme.

La muchacha contempló el rostro grave del doctor. Luego dió media vuelta y salió.

Encontró a su tío en el parque, sentado en su banco favorito.

Se dejó caer a su lado y dijo con dulzura:

—¿No entras, tío?... Siento haber dicho algo que te haya producido dolor.

—Kathleen—preguntó sir John en lugar de responder—, ese joven, ese Wayne... ¿dices que está en el ejército?

—Sí; está en el campamento de Hytte. A una media hora de aquí, pero no hablemos más de él.

—Preferiría que no le volviesses a ver jamás.

—¡Tío John! ¿Por qué no he de volverle a ver más? Es muy buen muchacho en realidad. Creo que te resultaría simpático. Nos hemos hecho bastante buenos amigos.

—¡Amigos!

—Sí; y estoy segura que...

—¡Silencio!—dijo bruscamente sir John—. ¿Cuándo has conocido a ese hombre?

—Hace ya casi una semana.

—¿Le has vuelto a ver desde entonces?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Con frecuencia.

—Kathleen, has de prometerme que no le volverás a ver.

—Pero... ¡si no puedo prométerselo! — protestó ella—. Le quiero ver. ¿Por qué no habría de verlo?

—¿Estás enamorada de él? — preguntó sir John con ferocidad—. ¿Lo estás? ¡Contesta!

—No lo sé... Si estoy enamorada de él, no lo sé; pero, de todas formas, él no está enamorado de mí. Por lo menos no me ha dicho nada nunca. Sólo sé que no puedo

soportar la idea de no volverle a ver jamás... Lo siento, tío John, no lo puedo remediar... No..., no puedo.

Sir John, que se había puesto en pie durante sus últimas palabras, volvió a sentarse y quedó unos momentos pensativo. Luego pareció decidirse y comenzó a hablar:

—Escucha, hija mía. Voy a decirte algo que debiste haber conocido hace tiempo. Supongo que la culpa es mía; pero había confiado que nunca tendría que decírtelo. Confié que nunca tendría que revivir aquellos momentos. Hace ya cerca de cincuenta años de esto. Lo veo como si hubiese sido ayer. Este jardín... una noche de junio... el

mismo perfume de rosas en el aire... animación... gente que va y viene... farolillos de papel entre los árboles... y, de allá del salón de baile, las notas que desgrana una orquesta... Era la víspera de mi boda. La casa estaba llena de gente...

A medida que hablaba le parecía estar viendo lo que iba describiendo. Para él, el jardín se hallaba de nuevo iluminado por los farolillos. Creyó ver, como antaño, figuras que se perdían por entre los árboles del parque. Antojábasele el salón de baile lleno de parejas y ya no vió a Kathleen, sino a Moon-yeen, cuyo vivo retrato era la joven.

IV

Moonyer y John interrumpian su vals al ver a Owen aparecer en el umbral del salón.

—Owen, ¿dónde has estado metido?—preguntó ella con encantadora sonrisa.

—Eso—agregó John—. ¡Valiente padrino de bodas estás hecho!

—John, no te la mereces—aseguró el doctor—; lo siento, chico, pero no te la mereces.

—Lo sé... pero ya no tiene remedio.

—¡Está loco, loco por completo!—exclamó Moonyeen en cuyo rostro se leía la felicidad que experimentaba.

—¡Hombre!

—No ha dicho ni una sola cosa que tenga sentido común en toda la noche...

El doctor miró a la joven, poco más que una niña, y dijo, bailándole la risa en las pupilas:

—¿Acaso no tiene motivos para estar trastornado?

—Mira, si quieres que te diga la verdad—prosiguió Moonyeen—, no logro hablar muy claro yo tampoco. ¡Nunca he sido tan feliz como en estos momentos!

Con cierto sentimiento John se separó de la joven y empujó a Owen hacia la mesa de la pieza contigua.

—¿Has bebido algo, Owen?—le preguntó.

—Sí; me detuve a tomar una copa en el Hostal de San Jorge y el Dragón.

—¡Ah!, ¿sí? Bebe también conmigo.

—Sí. ¡Basta! ¡No eches más, John!

—Anda, no seas tonto—dijo el otro, festivo, acabándole de llenar la copa.

—Bueno, pero una nada más—transigió el doctor—. ¡Ah! Jeremy Wayne estaba allí.

—¿Por qué no te la trajiste?

—Te diré... no estaba en condición, ¿comprendes? Había bebido más de lo conveniente.

—Lo toma bastante a pecho, ¿verdad? ¡Pobre! Y no creas que se lo crítico. Tal vez hubiese hecho yo otro tanto en su caso.

—Wayne es algo primitivo, ¿sabes, John? Estoy algo preocupado—dijo cefundo Owen—. Está profiriendo toda clase de amenazas contra ti.

John se echó a reír.

—Ya sabes tú lo que es eso—rió—. Es el coñac del Hostal del Dragón. Es bastante peligroso el licorcillo. ¿Te acuerdas de aquella

noche que quisiste casarte con la hostelera después de beberte dos copas?

Ambos se echaron a reír al recordar el incidente.

—¡Ah! ¡Hemos pasado muy buenos ratos juntos!—suspizó Owen.

—¡Que sí los hemos pasado! Pero no creas que se acabó eso; aún los hemos de pasar mejores.

Durante unos momentos más siguieron hablando y bebiendo. Luego John, sin poderse contener, exclamó:

—Quiero volver al lado de Moonyeen. No puedo soportar el hallarme alejado de ella más de un momento. Escucha...

Desde el salón de baile llegó hasta ellos la voz de Moonyeen, que entonaba una canción de amor, acompañándose al piano.

Aún escuchaban ambos sin moverse del cuartito en que se hallaban, cuando la doncella hizo una seña discreta a Moonyeen, que fué a reunirse con ella en el pórtico.

—Le prometí que le diría a usted, señorita Moonyeen, que él estaba aquí—la dijo la doncella—;

pero yo en su lugar, señorita, me negaría a hablar con él.

—Conforme, Mary; vuélvete a casa.

—Es que no creo prudente dejarla sola con él, señorita... Avisaré a sir John.

—¡No, no! ¡No hagas tal cosa! —exclamó Moonyeen.

Y, despidiendo a la doncella, se internó por el jardín.

Jeremy Wayne, con el rostro congestionado, abrió la verja del parque en aquel momento. Moonyeen corrió a su encuentro.

—¡Oh, Jeremy! — exclamó—. ¡Ya sabía yo que no dejarías que me casase sin venir a desearme felicidad! ¿Qué pasa, Jeremy? ¿Qué te pasa?

Jeremy, con el cabello en desorden, la vista extraviada y las manos crispadas, tenía un aspecto poco tranquilizador.

—Demasiado lo sabes — repuso con voz ronca.

—Eura; te estábamos esperando.

—¡Qué me ibais a esperar! — dijo con brusquedad.

—Jeremy, por favor — suplicó

ella—, no te portes así en la víspera de mi boda.

—No es preciso que me recuerdes qué noche es ésta.

—Jeremy, ¿vamos a volver a las discusiones de siempre?

—¡Como si no estuviese ya bastante atormentado! — exclamó Jeremy con rabia—. ¡Como si no me estuvieras volviendo loco!

—¿Tú crees que es justo que me digas a mí eso? — le reprochó Moonyeen, con dulzura.

—¡Estás tan hermosa con ese vestido! — exclamó Jeremy, cambiando bruscamente de tono.

—Gracias, Jeremy. Buen trabajo me costó conseguir que me ajustara bien.

Inesperadamente él se dejó caer de rodillas ante ella, y, sepultando el rostro en su vestido, sollozó:

—¡Oh, Moonyeen! ¡Moonyeen!

—Jeremy — suplicó ella con voz dolorida—. No hagas eso, por favor.

—¿No sientes compasión alguna hacia un hombre que sufre los tormentos del infierno? — preguntó él con amargura.

—¡Oh, Jeremy, levántate, te lo ruego!

Jeremy se puso en pie de un salto y dijo con vehemencia:

—¡No te casarás con él!

Ante la terrible expresión de Jeremy, Moonyeen, dió un paso atrás.

—¡Toda mi vida te he querido! —agregó él.

—Jeremy. Me apena verte así. ¡Te aprecio tanto!

—Era cosa convenida entre nuestros padres que habíamos de casarnos... todo el mundo lo creía así.

—Pero, Jemy—murmuró Moonyeen, como si hablara con un muchacho—, esto no significa que se termine nuestra amistad; nada podría acabar con ella. Después de todo, no siempre acaban en matrimonio los noviazgos de niños.

—¡Noviazgos de niños!

—Eras un tan simpático niñín...

—Y tú tan hermosa muchachita...

—No debemos dejar que cosa alguna pueda estropear esos sentimientos. ¿No comprendes lo que quiero decir, Jemy?

Jeremy dió un paso atrás y, arrastrado de nuevo por su amargu-

ra y desesperación, exclamó con renovada furia:

—Mañana estarás en sus brazos, en los brazos de ese hombre con quien te vas a casar... ¿Con qué derecho me arrebató a la mujer a quien amo? ¿Por qué es él mejor que yo? ¿Qué hay en mí que sea malo?

—Nada, Jeremy, nada —dijo ella, intentando aplacarle.

Pero sus propias palabras le excitaban más y más.

—¿Es porque bebo?—prosiguió, —Bebo porque soy desgraciado, y soy desgraciado por ti. Ese otro hombre... él no tiene faltas... ¡él es perfecto! ¡Ah, te digo que no serás para él! ¡No existe el hombre que pueda quitarme mi amor! ¡No existirá el hombre que lo intente!

Moonyeen, horrorizada, le tapó la boca con una mano.

—Jeremy —dijo con firmeza—, me caso con John mañana. Me caso con él porque le amo. Le amo desde el primer momento que le conocí... Siempre le amaré. Porque representa todo lo bello, lo hermoso, lo verdadero. Y, aunque así no fuese, seguiría queriéndole...

Luego, haciendo ademán de retirarse, Jeremy se abalanzó sobre ella, como una fiera, la estrujó en-

tre sus brazos y la dio un beso.

Después, soltándola bruscamente, desapareció de allí como loco.

V

John salió al parque y miró a su alrededor.

—¡Moonyeen! — llamó.

Ella se volvió bruscamente al oír la voz. El avanzó hacia ella sonriendo y, haciendo una reverencia, dijo con fingida solemnidad:

—¡Ah, buenas noches, señora! Si no estáis muy ocupada mañana, ¿qué os parecería si os casaseis conmigo?

Al erguirse de nuevo notó que la joven tenía el semblante alterado.

—¿Qué ocurre, Moonyeen? —

preguntó con ansiedad—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada.

—¿He hecho yo algo? ¿He dicho algo que te haya molestado? Porque si es así, lo habré hecho sin querer.

—¡John, abrázame fuerte!

El le dio un estrecho abrazo, y luego, sin soltarla, insistió:

—¿No será algo relacionado con la boda?

—No.

—¿No te sentirás desdichada acaso?

—¿Cómo iba a ser posible sentirme desdichada hoy?

—¡Qué nenita más rara eres!— dijo cariñosamente John.

—¿De veras?

Lentamente deshicieron el abrazo y caminaron por el jardín. De pronto Moonyeen se inclinó, cogió una flor y se la puso a su compañero en el ojal.

—¿Sabes — dijo éste — que a veces experimento cierto temor? Me pregunto cómo ha podido obrarse el milagro de que tú y yo llegáramos a querernos.

—Sí— asintió ella como en éxtasis—. ¡Pensar que entre tantos millones de personas como hay en el mundo tú me escogieras a mí y te escogiera yo a ti!

Moonyeen se dejó caer en un banco situado bajo un árbol frondoso. John se sentó a su lado.

—¿Te das cuenta de lo divertido que lo vamos a pasar en esta casa... tú y yo solos? — preguntó él, mirándola con adoración.

—¡Oh, sí!—suspiró ella—. ¡Todo será divertido! ¡Si supieras lo

que me entusiasma el pensar que iremos a París!

—¿De veras?

—Sí.

—Conozco un restaurante maravilloso en la Rue Royale.

—¿Sí?

—Sí, ya verás.

La joven descansó la cabeza sobre el hombro de John. Luego, mirándole el rostro, preguntó:

—*Vouslez-vous me donner...*

(¿Quiere usted darme...?)

—...un *baiser*? (un beso)—atajó John, completando la frase.

—*Oui, s'il vous plait*? (Sí, si haces el favor)—asintió ella.

El la besó en la nariz.

—*Merci, monsieur*. (Gracias, señor).

—*C'est rien! Encore?* (Eso no es nada. ¿Otra vez?)—repuso John.

—*Encore!* (¡Otra vez!)—suspiró Moonyeen.

La dió otro beso en la nariz, diciendo a continuación:

—¡Ah! ¿Qué necesidad hay de ir a París?

—¿Qué necesidad hay de hacer nada—repuso ella—, salvo el seguir aquí sentados toda vida así?

—Sólo que la comida es muy buena en París — observó él muy serio.

—Va a resultar una luna de miel muy hermosa... pasada en un restaurante—dijo ella riendo. Luego, irguiéndose y extendiendo la mano, preguntó: —¿Te gusta mi anillo?

—Es muy hermoso, ¿verdad?

—Era de mi bisabuela.

—¿De veras?

—Sí.

—Oye, vamos a ensayar un poco, ¿quieres? — dijo John, quitándole la sortija. Luego se la volvió a poner diciéndole:

—Sea este anillo la señal de nuestros esponsales. Me ha salido muy bien, ¿verdad? Tal vez sea mejor que ensaye eso de dejarla caer una o dos veces, ¿no te parece? ¿Verdad que no tiene nada de particular eso de casarse? ¿Te das cuenta de lo fácil que es? ¡Si hasta podría hacerlo con los ojos cerrados!

Volvió a sacar el anillo, repitiendo la operación anterior después de haber cerrado los ojos.

—Con este anillo me desposo

contigo — dijo—. ¡Qué divertido es esto!

Durante unos momentos estuvo cerrando y abriendo los ojos con gran asombro de la muchacha.

—¿Qué haces?—preguntó ella.

—Es muy divertido eso de abrir los ojos y verte — explicó él —. ¡Cuán maravilloso sería si todas las veces que abriera los ojos durante lo que me queda de vida te encontrase a mi lado!

—A tu lado estaré — aseguró ella.

—Y siempre tan bella como esta noche. Bueno—dijo volviendo a ponerle el anillo—, y después de ponerte la sortija, ¿qué pasa?

—Me besas.

—¡Ah! Eso va a resultar muy difícil.

La dió un abrazo y un beso y ella correspondió a las caricias.

—Esta noche es la última noche que tengamos que despedirnos, ¿verdad? — preguntó Moonyeen.

—Sí.

—¡Nunca despedirnos más! — exclamó la joven con mirada lejana—. ¡No tener planes distintos!

—No.

—¡Ser idénticos nuestros pensamientos! ¡Los dos solos! Tú y yo... fundidos en una sola persona.

—¡Para siempre! —dijo solemnemente John.

—¡Eternamente!—afirmó Moon-yeen.

Jeremy Wayne, sentado en su despacho, leyó la invitación que acababa de recibir:

Richard Clare y esposa,
del Castillo Clare, Wicklow,
tienen el honor de invitar a don

Jeremy Wayne
a la boda de su hija Moonyeen.

y Sir John Carteret
que se celebrará en la iglesia de
Saint Mary, Monk's Horton, Kent,

el miércoles, 14 de junio de 1868 a
las doce en punto.

Despechado, estrujó la invitación entre sus dedos y la tiró al suelo. Luego cogió la copa de coñac que tenía al lado y la vació de un trago.

Volvió a llenar la copa varias veces y vaciarla.

Por fin, se puso en pie bruscamente, derribando la silla y, acercándose a la mesa, abrió el cajón y sacó una pistola.

VI

La gente se arremolinaba en torno al caruaje que acababa de detenerse a la puerta de la iglesia de Saint Mary.

Moonyeen, radiante de felicidad, se apeó del coche, ayudada por sir John y entró en la iglesia.

Del brazo de su padre y seguida de sus damas de honor, avanzó por el pasillo central hacia el altar mayor, mientras el coro cantaba la marcha nupcial. John, Owen y el sacerdote les aguardaban al pie del altar.

Entretanto, Jeremy Wayne, aguijonado por los celos, había penetrado en la iglesia por otra puerta y sabiendo por una escalerilla se di-

rigió a una de las galerías del claustro.

Una vez reunidos los novios al pie del altar, el sacerdote dió principio a la fórmula sacramental.

—¿Aceptas a este hombre por esposo—preguntó dirigiéndose a Moonyeen—, para vivir con él de acuerdo con los mandamientos de Dios y en el santo vínculo del matrimonio? ¿Le obedecerás y le servirás, le amarás, honrarás y cuidarás, tanto en la enfermedad como en la salud, y, renunciando a todo otro ser, sólo para él mientras la vida os dure?

—Acepto.

No bien hubo pronunciado esta



—Hablan de meterla en un asilo.



—¡Tanto gusto!



Habían pasado los años.



... sirvió una copa a Kathleen.



—A su salud ... a su honor y la salud de toda su descendencia.



... fueron juntos a tomar el té.



—¿Acaso no tiene motivos para estar trastornado?



—¿Estás tan hermosa con ese vestido!



La gente se arremolinaba en torno al carruaje.



Del brazo de su padre avanzó por el pasillo central.



—Para mí también fue aquello el fin de todas las cosas....



—¿El hombre de la cantina?—inquirió Sir John.



—Llévame contigo a Dover esta noche.



—Tengo que marcharme. El tren sale dentro de unos momentos.



—¡Pero, Ken! ¡Si estoy dispuesta a acompañarte!



—Kathleen, hija mía... Tengo que decirte una cosa...

palabra se oyó ruido de pasos apresurados y apareció Jeremy en la galería superior.

—¡Wayne! — exclamó John reconociéndole.

—¡Jeremy! — dijo Moonyeen, sin dar crédito a sus ojos—. ¡Jeremy en mi boda!

—¡No habrá boda! — gritó Jeremy, loco de rabia, con los ojos desorbitados.

Las miradas de todos los circustantes convergieron en el rostro desencajado del hombre.

El sacerdote, escandalizado por tan inaudita interrupción de la ceremonia, alzó el brazo y, señalando al intruso, gritó con voz de trueno:

—¡Silencio!

—¿Estás loco, Wayne? — exclamó John—. ¡Sal de aquí inmediatamente!

Jeremy sacó la pistola del bolsillo y encañonó al grupo reunido al pie del altar. Su voz vibrante de despecho, iba dirigida a John.

—¡Tú me la quitaste—gritó— pero te juro que no ha de ser tuya jamás!

Moonyeen, loca de terror, corrió hacia John.

—¡No, Jeremy, no! — gritó en el preciso momento en que él apretaba el gatillo.

El proyectil que iba dirigido al novio le alcanzó a ella, parándola en seco. Con un gesto de incredulidad en el rostro, se llevó la mano al pecho.

John la cogió en sus brazos antes de que cayera.

El asesino, al comprobar el resultado de su disparo, soltó la pistola e inició la huida.

—¡A él! — gritó una voz.

Todos los hombres presentes, menos Owen, el sacerdote y el novio, salieron atropelladamente de la iglesia, en persecución de Jeremy.

Owen se inclinó sobre la muchacha y, apartándole la mano, examinó la herida. Luego se irguió con desaliento.

—¡No me digas que no puedes hacer nada, Owen! ¡Tienes que hacer algo! — exclamó John, loco de dolor.

Owen movió la cabeza tristemente, sin hablar; la herida era mortal de necesidad.

En aquel momento abrió Moonyeen los ojos y miró a su novio.

—John — dijo débilmente —, duele... Haz que cese este dolor... ¿Estás tú ileso?

—Sí, querida, claro que sí.

—Estoy... es...

John no la dejó acabar. Hizo un esfuerzo para dominar su emoción y respondió:

—No es nada, querida... Owen te ayudará.

—John... querido — susurró la moribunda —, ¿dónde... el anillo?

Alzó John la mirada hacia el doctor. Este extrajo la sortija de un bolsillo y se la entregó.

Las damas, reunidas en torno del grupo, lloraban silenciosamente.

John, con mano temblorosa, introdujo el anillo en el dedo de Moonyeen y la besó la mano. Ella

abrió nuevamente los ojos y le miró con ternura.

—Amor mío... amor mío... — dijo dulcemente —, no estés tan triste... nuestro amor no puede morir nunca...

Luego, alarmada:

—¡John!... ¿Dónde estás?

—Aquí estoy, amada mía — respondió él, cogiéndole la mano —. ¡Oh, querida, no me abandones!... ¡No me abandonea!

La moribunda alzó levemente la cabeza y dijo en un hilo de voz:

—John... ¿qué lastima!... ¿verdad?

Y se cerraron sus ojos y doblóse su cabeza.

Y John hundió su rostro en el hombro de Moonyeen y sollozó...

.
.

* * *

—Para mí también fué aquello John acabando su relato—. Yacía el fin de todas las cosas—prosiguió pálida y exánime entre mis brazos.

Había muerto. Había dejado de existir cuanto yo amaba en la vida. Era el fin.

Kathleen, de rodillas a los pies de su tío, escuchaba vivamente emocionada.

—Volví a esta casa—agregó sir John—, que había engalanado de flores para recibirla. Me senté solo donde estoy sentado ahora... y no me moví de aquí en toda la noche.

—¡Pobre tío John! — sollozó Kathleen.

—Desde entonces — prosiguió el anciano —, me he sentado muchas veces aquí. Siempre que estoy triste o preocupado, vengo aquí... Aquí fué donde ella volvió a mi lado... Vino año tras año... siempre que yo la necesitaba estaba ella a mi lado, en este jardín.

—Lo sé, tío, comprendo — dijo mirándole con sus ojos anegados en llanto.

—Kathleen... esta noche me dijiste que Jeremy Wayne ha muerto. ¡Siento no haberle matado yo!

—¡Tío John!

—Después de haber abandonado la busca la policía, le seguí yo la pista durante muchos años por la mitad de los puertos de América del Sur. Durante muchos años le perseguí, hasta en sueños. ¡Le maté en sueños! Ahora ha muerto... y su hijo... su hijo...

—Pero ¡si Kenneth no ha conocido a su padre! ¡Si era un niño cuando murió!—protestó la muchacha.

—Escúchame, Kathleen — insistió Sir John—. Has de prometerme que no volverás a ver al hijo de ese hombre.

—¿Nunca, tío?

—¡Nunca!

Guardó Kathleen silencio, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Kathleen!—exclamó sir John al ver que no lo contestaba.

Y se oyó un susurro, un gemido:

—Te lo prometo...

VII

Kenneth, vistiendo uniforme militar, se detuvo ante la puerta de la casa de sir John Carteret y llamó.

Ellen, la doncella, contestó a la llamada.

—Buenas noches — dijo abriendo la puerta.

—Muy buenas—respondió Kenneth—. ¿Está la señorita Sheridan?

—No, señor. Ha salido.

—¿La dijo usted que había venido yo el miércoles?

—Sí, señor.

—¿Y... el viernes?

—Lamentó hallarse ausente, señor.

—¿Ah! ¿Sí? Pues... la esperaré. Y antes de que Ellen pudiera

adivinar sus intenciones y cerrar la puerta, entró en el vestíbulo y se sentó.

—La verdad, señor... —protestó la doncella.

—Esperaré — repitió Kenneth con firmeza.

La doncella se encogió de hombros, dándose por vencida, y se dirigió al saloncillo.

John y Owen jugaban al ajedrez y Kathleen hacía de espectadora, sentada en el brazo de la butaca ocupada por el doctor. Dada su posición, vió a Ellen en cuanto ésta se asomó a la puerta.

La sirvienta, sin entrar en el cuarto, intentó decir por señas a la

joven que la esperaban fuera. Kathleen contestó de igual forma en el preciso momento en que a Sir John se le ocurrió alzar la cabeza.

—¿Qué te pasa, Ellen? — preguntó con enfado.

—No quería interrumpirles, señor—se excusó la criada—. Es un recado para la señorita Kathleen.

—¡Oh! — exclamó ésta sorprendida.

—Es el hombre de la cantina, señorita. Está aquí otra vez.

—¿El hombre de la cantina? — inquirió sir John, extrañado—. ¿Qué hace aquí a estas horas de la noche?

—Más vale que vaya yo a ver lo que quiere—dijo Kathleen—. Vuelvo en seguida.

—¿Qué cosa más rara! — exclamó sir John intrigado.

Kathleen salió al vestíbulo.

—¡Hola, Ken! — dijo al verle.

—¿Por qué te negabas a recibirme?—preguntó éste, contemplándola con adoración.

—No puedo decírtelo aquí.

La voz de sir John llegó en aquel momento a sus oídos.

—¡Ellen! ¡Ellen! — gritaba.

—¿Quién es? — preguntó Kenneth.

—Es mi tío. No ha de saber que has venido.

—¿Por qué no? ¿Qué ocurre? ¿A qué obedece todo este misterio?

—Aquí no podemos hablar, Ken.

—No debí venir.

—¡Oh, por favor, no creas eso! Nos alejaremos de la casa.

Juntos salieron de la casa, cruzaron el parque y dejaron atrás la finca. Una vez seguros de que nadie podía oírles ni observarles, Kathleen le contó al joven cuanto había sabido de labios de su tío.

—Sí, supongo que tiene razón—dijo Ken con cierta amargura, al concluir la muchacha su relato, y añadió con un dejo de ironía:— Resulta encantador enterarse de que el padre de uno ha hecho una cosa así.

—Lo siento — murmuró Kathleen—. No tenía más remedio que decírtelo.

—Claro... naturalmente... Pues...

—Pues, no creo que haya otra solución, ¿verdad?—comentó la joven con una tranquilidad que andaba muy lejos de sentir.

Ambos se encaminaron hacia la verja del parque, sin atreverse a mirarse a los ojos.

—No la hay, es cierto — repuso Kenneth, con una despreocupación tan forzada que a nadie hubiera logrado convencer—. Después de todo la cosa era absurda... sobre todo puesto que yo me marché al frente tan pronto...

—Además — agregó Kathleen, más para ver si se convencía a sí misma que por otra cosa —, apenas nos conocemos, ¿verdad?

—En efecto.. Sea como fuere, un pobre nunca ligó bien con una rica.

—Sí, no deja de ser una suerte que hayamos puesto fin a la cosa ahora, antes de que...

—Eso es; menos mal—la interrumpió el muchacho—. A punto hemos estado de... de...

—Sí—le atajó ella.

—Pues... me alegro de haberla conocido, señorita—dijo Kenneth deteniéndose ante la verja y tendiendo a la joven la mano, que ella estrechó emocionada—. Si alguna vez va usted a Cleveland...

—¡Cleveland! ¡Qué lejos suena eso!

Kenneth hizo ademán de abrazarla, pero ella le esquivó.

—¡He dado mi palabra! — dijo.

—¡Ah, sí! Ya... Perdón.

—Adiós — murmuró Kathleen lentamente, temblándole las lágrimas en los ojos.

—Adiós—repuso él.

Pero, a pesar de la despedida, ninguno de los dos se movió.

La muchacha hizo un esfuerzo y dijo:

—No parecemos enamorados...

—No, ¿verdad que no?

—...sí estamos enamorados—concluyó ella.

—Pero no es posible que lo estemos, ¿verdad?

Kathleen abrió la puerta de hierro y entró en el parque, cerrándola tras ella. Luego se volvió y dijo hablando por entre los barrotes:

—No debemos volver a vernos, o ¿crees que sí?

—Pues... no... no estaría bien..., aunque, puesto que me marché al frente...

—Pero—arguyó ella—, ¿no sería más fácil si no nos viésemos?

—No creo que eso influyese.

—No podemos separarnos sin...
No somos niños ya, ¿verdad?

—No, efectivamente... Tenemos
que pensar con la cabeza. Pero...

Insensiblemente había ido aproximando el rostro a los barroteos mientras hablaba y en aquel momento, al ver tan cerca de sí el ros-

tro amado, todo el dominio que había logrado sobre sí, desapareció. Bruscamente, pasó los brazos por entre los barroteos, abrazó a Kathleen y unió sus labios a los de la muchacha. Ella, olvidando también todos sus argumentos, le ciñó a su vez con los brazos y le devolvió el beso con gran amor.

* * *

Kathleen se apeó de su automóvil y entró en el salón de té.

Kenneth la aguardaba.

—¡Oh!—dijo al entrar—. ¡Crei que no iba a lograr escaparme hoy!

—Igual digo.

—¿He tardado mucho?

—Un minuto tan sólo.

—Un minuto es un año—aseguró Kathleen echándole los brazos al cuello—. ¡Toma!

Y le dió un beso.

—¡Toma!—respondió él devolviéndoselo.

—¿Te alegras de verme?

—¿No he de alegrarme?

Ambos se dirigieron a la mesa y se pusieron a tomar el té.

—Kathleen — dijo de pronto Kenneth.

—¿Qué quieres?

—Nos vamos al frente.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero, Ken, ¿cómo pueden mandaros tan pronto? ¿Si aún no habéis tenido tiempo de aprender como es debido la instrucción!

—Supongo que será porque necesitan hombres—repuso Ken.

—¿Tan pronto?

—¡Oh! Ya me darán permisos...

—Claro... pues...

—Conservemos la serenidad...

—Naturalmente... — dijo Kathleen. Mas, de pronto, incapaz de contener por más tiempo la emoción que la noticia le producía, exclamó, rompiendo a llorar: — ¡Oh, es inútil! ¡No puedo fingir más!

Kenneth se levantó y fué a sentarse a su lado.

—Kathleen, nena... — suplicó abrazándola—. Por favor, serénate. ¡Si volveré pronto!

—Ken—preguntó ella dominándose—, ¿cuánto tiempo te queda?

—Tenemos que llegar a Dover esta noche; nos darán allí un día de permiso y, a la mañana siguiente, salimos para Francia.

—¿No podrías conseguir permiso ahora hasta el momento de salir de Dover?

—Sólo... sólo si se tratara de algo importante.

—Llévame contigo a Dover esta noche.

—Pero... ¿lo has pensado bien? Sería para unas horas nada más;

luego te dejaría y tal vez no vuelva más.

—Pero siempre habríamos pasado esas horas juntos—institió Kathleen—. Me ayudarían a esperar y, si no volvieses, me ayudarían a vivir... Habría sido tu esposa.

—¿Mi esposa?

—Ken mío, vuelve al campamento, consigue permiso para incorporarte directamente al barco... Di que vas a casarte... Prepararé una maleta y puedes pasar a buscarme...

—Bueno—dijo Ken después de pensarlo un momento—; estaré contigo dentro de media hora.

Se pusieron los dos en pie y se dirigieron hacia la puerta.

—¿Y tu tío? — preguntó Kenneth—. ¿Qué le dirás a tu tío?

—Le diré la verdad; ya no hay más remedio.

—Jamás consentiré.

—Ocurra lo que ocurra, querido, te esperaré.

Le echó los brazos al cuello y le besó, agregando después:

—Reza por mí.

* * *

Sir John se hallaba sentado en su biblioteca cuando Kathleen se presentó ante él.

—¡Tío John!—dijo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo algo que decirte.

—Habla ya.

Kathleen se acercó más a él antes de contestar.

—No he cumplido la promesa que te hice—dijo por fin.

—¿Qué promesa?

—He visto varias veces a Kenneth Wayre. Nos amamos. Nos vamos a casar.

—¿A casar?—exclamó incrédulo el anciano.

—Tenía intenciones de cumplir mi palabra—le aseguró la muchacha—. Lo intenté ¡oh, cómo lo intenté! Vino a verme varias veces y me negué a recibirle. Luego, cuando por fin consentí, sólo fué para darle explicaciones. No debí de prometer, tío John. Le amaba desde el

primer momento. Es bueno... y admirable... ¿Por qué no olvidas lo que hizo su padre? ¿Por qué no le recibes, aunque sólo sea por mí?

Se sentó en un taburete a los pies de su tío y luego prosiguió:

—Se marcha a la guerra. No nos queda más que el día de mañana. Vamos a casarnos antes de su partida.

Durante unos momentos sir John la contempló como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaban sus oídos. Después respondió, hablando con lentitud:

—Preferiría verte muerta...

Al oír semejante afirmación, Kathleen se puso en pie. La llegada de la doncella interrumpió momentáneamente la conversación.

—Señorita Kathleen—dijo Ellen.

La muchacha, adivinando de qué se trataba, contestó:

—Dile que aguarde, Ellen.

Pero sir John ordenó lo contrario.

—No; hazle pasar—dijo.

—Pero, tío John...

—Hazle pasar—repitió el anciano recalcando las sílabas.

La doncella obedeció sin replicar.

No bien entró Kenneth en el cuarto, Kathleen corrió a su encuentro.

—Buenas tardes, señor—dijo él respetuoso—. Soy Kenneth Wayne.

—Mi tío quería verte—le dijo la joven.

—¿Está todo arreglado?

—Estoy dispuesta a marchar contigo—respondió ella evasiva.

—Confío que usted comprenderá, señor—dijo Kenneth dirigiéndose a Sir John.

—¡Sólo comprendo una cosa cuando se trata de un Wayne!—gritó sir John montando en cólera.

—Y... ¿qué es ello?

—¡Que los de esa casta no son hombres cuando les toca perder! ¡Por eso su padre quitó la vida a una persona y destrozó la vida de otra! Era demasiado cobarde para saber perder como hombre.

—No creo que tenga usted de-

recho a hablar de semejante forma—dijo Kenneth indignado.

—Kenneth—intervino la muchacha—, me marchó contigo tal como prometí.

La furia del anciano creció de pronto al oír estas palabras.

—Si se casa con usted—dijo en voz vibrante de ira—; si se convierte en su esposa... y usted nunca vuelve, habrá usted destrozado su vida por gozar de unas miserables horas... Porque jamás la perdonaré.

Kenneth, empujado por Kathleen, llegó a la puerta; pero se detuvo en el umbral para decir:

—Volveré y la haré feliz. Esa es la única ambición que tengo en este mundo. Debiera usted olvidar y perdonar y procurar ayudarnos.

—Cuando yo olvide—repuso Sir John con voz terrible—será porque ya estaré muerto.

Luego, volviéndose hacia Kathleen, agregó:

—Si te separa de mí, que él se encargue de mantenerte. Esa es mi última palabra, Kathleen.

Por toda contestación Kenneth

abrió la puerta y, cogiendo a Kenneth del brazo, tiró de él.

Cruzaron el jardín.

—Podemos coger el primer tren y llegar a Dover a tiempo para comer. No perdamos momento, querido, ¡tenemos tan poco tiempo!

—Kathleen, no podemos haberlo. Sería yo un canalla si lo consintiese. No tengo más que mi paga de soldado.

—¡Oh, ya hablaremos de eso en Dover!

—Tú no irás a Dover—dijo Kenneth con determinación—. Cumplirá su amenaza: no te volverá a admitir en su casa y pasado mañana te encontrarías en la calle.

—Me tiene sin cuidado lo que pase pasado mañana, tan sin cuidado como lo que ocurrió hace cincuenta años.

Se abrazaron emocionados.

—¡Oh, Kathleen!—suspiró él—. ¡Te quiero tanto!

—¿Nada más que eso?

—¿Nada más?—repitió Kenneth extrañado.

—¿No me deseas también? —aclaró la joven.

—¡Oh, Kathleen!

—Yo te deseo—aseguró ella—. No me da vergüenza decirlo. Yo soy tuya y tú eres mío. Quiero que eso sea verdad antes de que te marches.

—Kathleen... no puede ser —murmuró él—; me remordería la conciencia.

—¡Oh, Ken! No me echas de tu lado! Tal vez no volvamos a vernos. Quizá nos pese toda la vida haber desperdiciado estas últimas horas.

—No puedo, Kathleen; no sería justo.

—Ken, si tú me amases...

—Kathleen, ¿querrás escucharme...?

—¡No! ¡Me niego a escucharte!

* * *

De pie junto al automóvil de Kathleen, a la entrada de la estación, los dos jóvenes seguían discutiendo.

—Pero, querida—protestó Kenneth—, sé razonable. Esta es la última media hora que nos queda y la estamos perdiendo en discusiones. No puedo arrancarte de un hogar cómodo y seguro y dejarte sin nada. ¡No puedo!

—Yo no puedo obligarte a que me lleves—contestó ella con voz lacrimosa dejándose caer sobre el estribo del coche—. No me has convencido lo más mínimo, pero... claro, si no quieres llevarme...

Kenneth se sentó a su lado.

—¡Amor mío! ¡Amor mío!—exclamó angustiada—. ¡Compréndeme! ¡Por favor!

Y Kathleen, a través de sus sollozos, murmuró:

—Ken, tienes razón y yo sabía que la tenías desde el primer momento...

Kenneth la estrechó entre sus brazos y la besó con mimo. Ella, riendo y llorando a un tiempo, le besó a su vez.

De pronto Kenneth le dijo:

—Tengo que marcharme. El tren sale dentro de unos momentos... ¿Me quieres acompañar al andén?

—No, Ken, no podría. ¡Con tanta gente! Estoy segura de que me echaría a llorar... ¿No podríamos despedirnos ahora?

Ambos se pusieron en pie.

—Adiós—dijo Kenneth.

—Adiós—repuso ella.

Pero Kathleen, sin poderse contener, le echó los brazos al cuello y dijo sollozando:

—¡Oh, Ken! ¡No puedo dejarte marchar! ¡No puedo!

—¿Vamos a volver otra vez a lo mismo de antes, alma mía?

—Ya lo sé, pero yo te quiero, Ken... Esto no es culpa mía, ¿verdad que no?

Por fin logró Kenneth entrar en la estación y, pese a lo que antes dijera, Kathleen le acompañó para despedirle.

VIII

Entretanto sir John, sentado en su saloncillo, hablaba con su amigo el doctor Owen.

Este consultó su reloj.

—Me temo que no vuelva, John —murmuró.

—Ella no puede hacerme semejante cosa a mí—protestó sir John.

—No creo que...

En aquel momento vió, por la entreabierta puerta, que Kathleen acababa de entrar.

—¡Kathleen!—llamó.

La muchacha, que pasaba de lar-

go para dirigirse a su cuarto, se detuvo al oír la voz.

—¡Kathleen! — volvió a llamar sin levantarse de su asiento.

Esta vez ella se acercó.

—¿Bien? — interrogó sir John poniéndose en pie.

—Por tu amenaza — respondió ella con voz opaca—se negó a casarse conmigo. Ahora ya se ha ido y tal vez no vuelva jamás.

—Si Dios es justo—murmuró el anciano—, no volverá.

Al escuchar tan terribles palabras Kathleen se cubrió el rostro

con las manos y salió sollozando de la habitación.

Owen corrió al lado de su amigo con gesto de incredulidad.

—¡John! ¡John! —exclamó horrorizado—. ¿Qué demonio se te ha metido en el cuerpo? ¡Corre! ¡Alcánzala! ¡Pídele que te perdone si es que le es posible perdonar!

—No te he pedido consejos—respondió el irascible viejo con sequedad.

—¡Pero yo te los doy! Ese muchacho a quien acabas de desear la muerte es un chico admirable. He hablado con él varias veces y es un hombre como pocos.

—¡Conque después de todo lo que hemos pasado juntos, también tú estás de su parte!

—Estoy de parte de Kathleen, y digo que tú estás obrando mal. Lo que estás haciendo es infame y día llegará en que te arrepientas.

—Un momento, Owen—ordenó el anciano—. Dices que cometo una infamia porque no puedo estrechar entre mis brazos al hijo de su asesino. Pues bien, no puedo. Tal vez sea todo lo que tú dices; pero, por lo menos, soy fiel a la memoria

de Moonyeen, que es lo mejor que sé hacer. Y continuaré siéndole fiel mientras viva.

—Y, ¿quién paga el precio de tu fidelidad?—preguntó indignado el doctor—. Has de pensar en los vivos no menos que en los muertos.

—Ya has hablado bastante, Owen.

—Estás dispuesto a sacrificar todos los sentimientos humanos decen-tes en aras de un amargo recuerdo que debieras olvidar—insistió el médico.

—Owen, si puedes decir eso; si eso es lo que sientes, no creo que tú y yo podamos seguir como hasta aquí.

—¿Lo... lo dices en serio, John?—preguntó el doctor con incredulidad.

—Jamás hablé más en serio en mi vida.

—Son... son ya muchos años, John...—dijo Owen anonadado.

—He dicho mi última palabra.

Como quien ha recibido un golpe terrible, el doctor dió media vuelta y salió de la habitación.

Una vez solo, sir John se dejó caer en un asiento y, como siempre

que se sentía abatido, se acordó de la que tantas veces le había consolado.

—¡Moonyeen! — exclamó —. ¡Moonyeen! ¿Dónde estás?

La sombra de Moonyeen apareció en el cuarto, pero sir John ni la vió, ni la oyó.

—¡John! — murmuró el espectro—. No puedo llegar hasta ti, querido. Tu odio nos separa.

—Te necesito, Moonyeen— prosiguió él sin oír—. Debes venir.

La aparición se situó detrás del anciano y siguió hablando.

—¡Si pudiera llegar hasta ti, amor mío...! ¡Si pudiera hacerte

comprender que ellos se aman como nos amamos nosotros muchos años ha...! Tal vez no vuelva él más al lado de ella. Si alzas una barrera entre los que amas, separará tu alma de la mía para toda la eternidad. ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¿No me oyes? Si no ahuyentas el odio de tu corazón... si no deshaces el mal que has hecho... jamás podrás venir a mi lado... jamás... jamás... jamás...

La voz de Moonyeen fué apagándose hasta desvanecerse por completo, mientras el anciano, desesperado porque nada oía, clamaba:

—¿Por qué me has abandonado?

IX

Por fin acabó la guerra. El público, apiñado en la estación, agitaba banderas de los aliados dando la bienvenida a los soldados repatriados que iban descargando los vagones.

Kathleen, con un gesto mezcla de alegría y ansiedad, aguardaba en el andén, escudriñando los rostros de cuantos soldados iban apeándose.

Un desaliento terrible se apoderó de ella cuando todos los soldados se hubieron apeado sin que ella hubiera visto entre ellos a quien buscaba. Pero renació su esperanza al recordar que aún habían de llegar más trenes.

Sin querer creer que Kenneth hubiera podido morir en las trincheras, se pasó el día en la estación, escudriñando todos los rostros.

A medida que transcurría el tiempo y Kenneth no aparecía, su desaliento se iba haciendo mayor y, cuando cayó la noche, completamente abatida, salió de la estación dando traspiés.

Poco después de su partida entró el tren hospital. Owen, que acababa de llegar a la estación, se acercó a él.

Un soldado se apeó y, cuadrándose ante el doctor, le anunció:

—Traigo seis pacientes hoy, mi comandante.

—Está bien.

Uno tras otro fueron descargados los heridos. El último fué un hombre que usaba dos muletas y al que los soldados ayudaron a descender.

—Vaya, ya hemos llegado—dijo su asistente—. No tenga prisa, mi capitán. Voy a buscarle un carruaje.

Mientras el asistente corría a cumplir su promesa, el herido echó a andar hacia la salida de la estación, arrastrando penosamente los pies.

Al pasar junto al doctor Owen, éste le reconoció.

—¡Wayne!—llamó.

El oficial siguió adelante sin volver la cabeza.

—¡Kenneth Wayne!—gritó otra vez.

Kenneth se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?—preguntó.

Y, reconociendo al médico:

—¡Ah! ¡Hola, doctor!

—¡Dichosos los ojos! —dijo Owen—. Celébro volverle a ver. ¡Magnífico ¡Magnífico!

—Escuche, doctor—le interrumpi-

pió Kenneth con sequedad —.

¿Quiere usted hacerme un favor?

¿Me hace usted el santísimo favor de mirarme las piernas y dejarse de tantos cumplidos y disimulos?

—¡Claro, hombre, claro! —respondió Owen—. Ahora va usted a venir al hospital a curarse.

—No lo crea. ¡El hospital ya me ha dado por curado!

—Magnífico. Entonces podrá usted venir a hospedarse a mi casa. Conozco a alguien que le espera.

—Salgo para América mañana —anunció Kenneth con brevedad.

—¿Mañana?

—¡Sí, mañana! No vine más que a recoger unas cosas de mi casa.

—Pero... ¿y Kathleen...? —preguntó el doctor.

—¿Tengo yo cara de hombre que quiera ver a una mujer?

—Ella le ama, Ken.

—Conque me ama, ¿eh? Bueno ¿y qué? Ya se le pasará ¿no? —exclamó con cierta brutalidad.

—¿Usted quiere que se le pase?

—¡Por los clavos de Cristo, doctor, use usted la cabeza! ¡Sí! ¡Que se le pase! Usted es médico. El

amor es una enfermedad. Cúrela usted.

—No es tan fácil como parece.

—Bueno, ¿y qué? — respondió con creciente excitación Kenneth—. ¡Dígale que soy un canalla! ¡Dígale que regreso a América para casarme con una millonaria! ¡Dígale lo que quiera!

Después de estas palabras y sin aguardar a que el médico le respondiera, dió media vuelta y abrió la puertecilla de salida.

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán!— gritó el asistente de Wayne, llamándole.

En aquel momento se le doblaron las piernas a Kenneth y rodó por los escalones de la salida.

Owen y el asistente corrieron en su auxilio y le ayudaron a ponerse en pie.

—Dadme esa muleta—dijo al levantarse.

—Hela aquí, Ken.

—Aguarde un momento, mi capitán—dijo el asistente—. Tengo aguardando un coche; voy por él.

—No es necesario; andaré hasta él.

—Wayne... — comenzó a decir Owen.

Kenneth se volvió hacia él y dijo:

—¿Lo ve usted ahora, doctor?

—Sí, ya veo...

—Perdone que le hablara de esa forma antes— añadió el inválido un poco más sereno.

—Comprendo, comprendo...

—Gracias, doctor. Adiós y... olvídense de lo que le dije... Olvide que me ha visto.

* * *

Kenneth, en el caserón abandonado, apoyado en sus muletas, contempló con una sonrisa irónica el retrato de su padre.

—¡Qué suerte hemos tenido los dos con las mujeres! ¿Eh, papá?— dijo dirigiéndose al cuadro.

Entró el asistente, que había estado preparando las cosas que Kenneth se quería llevar y, cuando volvió a salir del cuarto para ultimar los preparativos, Kenneth se dejó caer lentamente en una butaca, y se dijo a sí mismo en voz alta:

—Bueno, amigo, nos queda una hora. Sentémonos y compadezcámonos.

Durante unos momentos guardó silencio, absorto en sus pensamientos. Aquella era la misma habitación en que vio a Kathleen por primera vez y, recordando la escena de aquel día, creyó oír de nuevo su propia voz y la de ella.

—A su salud, a su honor y a la salud de toda su descendencia—le pareció oír que decía ella otra vez.

—Es un brindis muy bonito.

—Es irlandés y no sé otro mejor.

¡Ah! ¡Ahora era él el que volvía a brindar:

—Tan joven sigáis y tan hermosa cual sois, hasta el Juicio Final,

y nunca olvidéis a quien os lo brindó.

La voz de Kathleen, gritando fuera, rompió el encanto.

—¡Oh, Ken! ¡Ken! ¡Ken!—decía.

Al oírla, Kenneth cogió las maletas y las escondió rápidamente. Luego hizo un esfuerzo y se puso en pie, apoyándose contra la mesa.

Apenas lo hubo logrado llegó Kathleen al caserón y se detuvo en la puerta, mirándole con ojos en los que temblaban las lágrimas.

—¡Kathleen! — exclamó él —. ¡Hola!

—¿Eres tú?—preguntó ella como si temiese soñar—. ¡Amor mío!

Y corriendo hacia él, le echó los brazos al cuello, llorando de alegría.

—¡No puedo creerlo! — sollozó—. ¡Oh, Ken! ¡Ya sabía yo que vendrías! ¡Amor mío! ¡Resulta tan maravilloso volverte a tener entre mis brazos!... ¡He esperado tanto! ¿Cómo estás? ¿Cómo estás, querido? ¡Pobre amor mío! ¡Deja que te mire! ¡Oh! ¡Ojalá no estuviese llorando tanto, así te podría ver mejor! Ken mío!... Dime, Ken; ¿te ale-

gras de verme? ¡Aún no me lo has dicho!

—Claro que sí—contestó él, aturrido por aquel torrente de palabras y de caricias.

Ella le apretó contra su pecho y le besó con fuerza.

—¡Oh, amor mío!—prosiguió—. ¡Claro que te alegras! Fui a la estación... No te encontré... No sé cómo pudiste pasar sin que yo te viera... ¡Me llevó un susto! Pero ¡oh! estás aquí, Ken, y estás vivo, y eso es todo lo que importa, ¿verdad?

—¿Cómo supiste que estaba yo aquí?—preguntó Kenneth.

—Vi luz en la ventana y me arriesgué... Vine corriendo todo el camino... el corazón me palpitaba con violencia... ¡Temía tanto no encontrarte!

—Conque ¿corriste todo el camino?

—Sí, todo el camino... ¡batí el record!

—Bueno, pues... ¿qué te parecería si nos sentáramos?—preguntó él, temiendo que las piernas se negaran a sostenerle por más tiempo y se descubriera su estado.

Kenneth logró sentarse sin que la muchacha notara nada anormal. Kathleen le imitó y preguntóle:

—¿Cuándo llegaste? ¿Por qué no me avisaste? ¿Por qué no me has escrito durante todos estos meses?

—Perdí tus señas.

—¿Que perdiste mis señas? Yo creí que habrías perdido un brazo o algo así. No... no perderías un brazo, ¿verdad?

—No, creo que no.

—¿Perdiste alguna otra cosa? ¿Perdiste el corazón?

—Cuántas veces me he enamorado lo he perdido y... me he enamorado centenares de veces.

—¡Embustero! El mío también sigue aquí. ¡Y se siente tan feliz! Y el tuyo, Ken, ¿también es feliz?

—No sé por qué no habría de serlo.

—¡Ha sido tan larga la espera!

—Sí.

—Pero ya no existe motivo para que tú y yo nos separemos, ¿verdad?, porque por fin volviste a mi lado.

—¿Sabes? —comenzó Kenneth sin saber cómo abordar la cuestión que le estaba preocupando—. No sé por qué se me ocurrió que tal vez no estuvieses aquí cuando yo regresara.

—¡Qué idea tan extraña!... ¿Por qué no?

—No sé... ¡todo ha cambiado tanto en este mundo!... Pensé que tal vez no estuvieras ya tan enamorada de... de este lugar.

—¡Pero si esto me encanta! Bien lo sabes tú. No lo cambiaría por nada de este mundo. Dime, ¿qué quieres decir con todo eso? ¿Es que quieres que vaya a vivir a otro sitio? ¿Demasiado sabes que iría a vivir a cualquier parte del mundo contigo!

—Pero... pero te gusta esto, ¿verdad?—insistió Kenneth, convencido de que el asunto le proporcionaría oportunidad de hablar sin zaherirla.

—Sí... —respondió ella intrigada.

—¡Oh, me alegro! ¡Me alegro mucho! Tal vez estuviese acertado aquel día cuando te hice volver a casa de tu tío en lugar de dejarte acompañarme.

—Tal vez, pero no hablemos de esas cosas ahora. Has vuelto, y eso es lo único que importa.

—De paso... ¿cómo está tu tío?

—No ha cambiado respecto a ti, querido... Pero tampoco he cambiado yo.

—Conque no ha cambiado, ¿eh?

—murmuró Kenneth, pensativo—.

¿Sigue entregado a sus amargos recuerdos?

—Escucha, Ken: ¿qué nos importa eso ahora? No consentiremos que sus sentimientos se interpongan entre nosotros.

—¡Oh, sí!—dijo él persiguiendo la misma idea y como si no la hubiese oído—. ¡Qué hermoso debe ser eso, querer a una sola mujer toda la vida!

—Sí... si que debe serlo.

—¿Cómo ha ido todo lo demás? ¿Cómo está Willie? ¿Ha vuelto sano y salvo Willie?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—¡Oh, me alegro! ¡Me alegro! Willie debe ser un temperamento así... Willie amaría a alguien... toda su vida...

—¡Ken! —exclamó Kathleen asustada—. ¿Qué estás diciendo?

—¡Oh, divago nada más!

—Bueno, pues, haz el favor de no hacerlo.

—Rememoro ¿comprendes? rememoro...—siguió Kenneth sin hacerle caso, decidido a hablar de una vez antes de que se quebrantase su determinación—. Nos divertimos mucho aquí, ¿verdad? En esta mis-

ma habitación, si no me equivoco, ¿eh?

—Sí... mucho... —dijo ella mirándole con creciente extrañeza.

—Sí... ya lo creo... ¿qué tristes nos pusimos aquella tarde cuando supimos que tenía que marcharme a Francia!... ¿Fué aquéllo amor o qué sería?...

—¡Ken! —exclamó ella, alarmada, sin comprender los fines que le impulsaban.

—¡Vaya si lo tomamos en serio... ese asunto nuestro! ¡Lástima que tuviésemos que ir a la guerra y hacednos personas mayores!

Kathleen, que hacía rato se arrodillara a su lado para hablarle, se puso en pie bruscamente, vivamente alarmada.

—¡Ken! —exclamó—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué quieres decir con "ese asunto nuestro"? ¡Ken! ¿Qué te ha ocurrido?

—Pues que... ¡que he ido a la guerra! —repuso él, haciendo un esfuerzo para desempeñar bien el papel que él mismo se había asignado.

—¡Demasiado sé que has ido a la guerra! Y yo te he estado esperando... porque te amo... y creí que tú me amabas. Creí que me querías.

Intentó abrazarle; pero Kenneth la esquivó, diciendo:

—Me embarco para América mañana.

—¿Qué quieres decir? ¿Solo?

—Solo.

—¡Pero, Ken! —objetó ella angustiada—. ¡Si estoy dispuesta a acompañarte! ¡Oh, bromas! No me asustes así!

—Bueno, Kathleen... hablemos en serio.

Pero Kenneth hizo un esfuerzo titánico y dijo con vehemencia:

—¡Cuando una cosa se acaba... se acabó!

—¡Oh, se acabó... se acabó! —gimió Kathleen; luego, encarándose con él, con los ojos anegados en llanto, exclamó acusadora—: Entonces, ¿para qué volviste aquí? ¿Querías asegurarte de que ya no me querías? ¡Pues espero que ya estarás convencido! ¡Espero que olvidarás que te amaba... que te esperé... que te hubiese esperado eternamente!

—Kathleen —murmuró Kenneth sufriendo lo indecible—, he cambiado.

—Sí, eso es... ¡vaya si has cambiado!

—Después de cuatro años—se justificó él—pues... claro, uno cambia.

—Claro... ya lo sé...—dijo ella con voz sin expresión—. Claro... uno cambia.

Guardó silencio durante unos momentos; luego, haciendo un esfuerzo, logró sonreír.

—Lo siento, Kenneth — prosiguió—. No... no era mi intención obligarte a quererme... No quise colocarte en una situación embarazosa... He sido muy estúpida, ¿verdad? Bueno, no creo que quede

gran cosa por decir, ¿verdad?... Salvo... Adiós...

Se llevó la mano al rostro para ocultar su emoción.

—¡Adiós, Kenneth! — repitió, y salió corriendo, sollozando, de la habitación.

Una vez solo en el cuarto, Kenneth Wayne dió rienda suelta a su dolor y, hundiendo el rostro entre sus brazos, prorrumpió en amargos sollozos... Había roto para siempre con la persona a quien más amaba en el mundo...

X

—Kenneth Wayne —aseguró sir John desde su asiento en el salón-cillo de su casa—sigue siendo tan indeseable aquí hoy, como lo fué hace cuatro años. Y nada más.

—John... amigo John—protestó Owen—, ¡no puedes hacer eso! ¡Eso es pisar al caído! Tienes que decirle a Kathleen lo que le ha pasado a Kenneth... yo no puedo hacerlo. Yo no puedo cargar con la responsabilidad de enviarla junto a él... si tú no me ayudas. John, Kenneth se marcha dentro de una hora.

—¡Que se vaya!—dijo el anciano con vehemencia—. ¿Hablo claro? ¡Que se vaya!

Owen no pudo contener su indignación.

—Has preferido eliminar de tu vida todo lo que no sea odio—dijo—. Pues bien, creo que ese mismo odio te envolverá en el más allá y la dulce alma de Moonycen jamás logrará atravesarlo. Estoy firmemente convencido de ello, John, y te suplico... te... te...—buscó en vano otra palabra que tuviera más fuerza y luego repitió—te *suplico* que procures emendar tu yerro. Ahora, John... ¡ahora!

Y, sin aguardar respuesta, el buen médico dió media vuelta y salió emocionado de la habitación.

John se puso en pie y salió al pórtico unos momentos después.

Al poco rato llegó Kathleen anonadada por el golpe que habían recibido todas sus ilusiones. Sin ver a su tío siquiera, pasó de largo junto a él y fué a entrar en casa.

—¡Kathleen! ¡Kathleen! —gritó él.

Ella se detuvo. Sir John llegó a su lado y juntos entraron en la casa.

—¿Dónde has estado?—preguntó con severidad—. ¿Has visto a Kenneth Wayne? ¡Contesta!

—No estoy muy segura—repuso ella con voz cansada—. Fui a su casa.

—¿Crees que estaba...

—Mucho daría por no haber ido —le interrumpió ella.

Sir John acabó la frase que había empezado.

—... muy deshecho?—dijo.

—Físicamente, no — aseguró ella—, pero... no sé qué creer. No parece hablar en serio... Parece haber olvidado que éramos... ¡Oh! ¡No sé qué pensar!

Se sentó.

—Conque rompió las relaciones, ¿eh? — comentó el anciano sen-

tándose a su lado—. Bueno, tal vez sea mejor así. Ya olvidarás con el tiempo, querida...

—¿Olvidaste tú, acaso? — repuso Kathleen—. Pero, claro, no es lo mismo, ¿verdad? Tú sabías que alguien te quería. Estabas seguro de ello. Tienes ese recuerdo. Yo... nada tengo. Creí estar segura; pero ahora... ahora nada tengo.

Inclinó la cabeza con una tristeza infinita. Durante unos momentos hubo silencio.

De pronto Kathleen alzó la vista y la clavó en el reloj.

—Su tren saltó a las diez—dijo poniéndose en pie bruscamente y dirigiéndose a la ventana—. ¡Oh! ¡Ojalá se hubiese marchado ya!

Empezó a mirar por la ventana al exterior y agregó:

—Se me ocurren las cosas más locas que sea posible imaginar. Si se detuviese un automóvil ante la casa y fuese él, que regresaba a mi lado.. Si se abriera la puerta y entrase él en este cuarto... pero — dijo alejándose de la ventana—tú no lo comprendes, ¿verdad?

—¡Oh!, sí... sí que comprendo...

—Eran los detalles... su risa...

las locuras que hacía y decía... estaba loco por completo, ¿sabes?... No tiene ni pies ni cabeza...

—¡Loco por completo! — exclamó sir John estremeciéndose—. Ella dijo eso de mí una vez.

—¡Es inútil! — dijo histéricamente Kathleen, llevándose las manos a la cabeza—. Siempre le amaré. Yo soy así de tonta. No tengo amor propio. Le amaría no importa lo que hubiese hecho; le amaría por muy mal que me hubiera tratado... y, si muriese, siempre le hubiera querido, toda mi vida, como tú a ella...

Y se echó a llorar amargamente.

—Kathleen, hija mía... — murmuró sir John emocionado y acercándose a ella—. Kathleen, escúchame... Tengo que decirte una cosa... está herido.

—¿Herido?... ¿Herido has dicho?..

—Sí, muy mal herido...

—¿Herido? — repitió incrédula —¡Oh, no! ¿Por qué no me lo dijo?...

—No se creyó con derecho a ella... Owen le vió en la estación.

—Entonces por eso fué que... ¡Oh, pero no sabe que le quiero aunque...! ¡Pobre amor mío! — exclamó ella llorosa y alegre a la vez—. Entonces ¡me quiere! ¡Si que me quiere! ¡Cómo si lo demás pudiera importar! ¡Cómo si hubiese algo en el mundo...!

—Su tren sale a las diez — la interrumpió sir John empujándola con dulzura.

—¡Oh, tío! ¡Tengo que alcanzarle!

Y salió corriendo, seguida del anciano.

—¡Kathleen! — gritó éste, desde la puerta.

Ella se detuvo en medio del jardín y volvió la cabeza.

—Confío... — tartamudeó el anciano—; me... me gustaría que... ¿Crees tú que te sería posible volver aquí otra vez... y traerle a él conmigo?

Kathleen dió un grito de alegría al oír estas palabras y, corriendo emocionada hacia su tío, le echó los brazos al cuello.

—Los dos le cuidaremos, ¿verdad, tío? — dijo dándole un beso.



—¡Owen! — gritó Kathleen parando su automóvil ante la puerta del doctor.

—¡Hola, Kathleen! — dijo éste saliendo—. ¿Qué pasa?

—¡Ve corriendo a ver a tío John! — gritó ella, y, apretando el acelerador, se perdió en una nube de polvo.

Owen, alarmado, echó a correr y no paró hasta encontrarse en el saloncito de la casa de sir John.

—¡Hola! — exclamó éste al verle entrar tan aprisa.

—¡Ah! — Owen se paró en seco—. Kathleen me dió a entender que me necesitabas. ¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? — preguntó sir John extrañado—. A mí, nada.

—¿Dónde está Kathleen? Parece ir con prisas.

—Ha ido a la estación. Tenía mucho empeño en llegar antes de que saliese el tren de Londres.

—Pero, ¿volverá aquí?

—Volverán los dos.

—¿Los dos? — dijo Owen boquiabierto.

—Eso dije.

—¡Bravo! ¡Así se habla, John! Y ahora, adiós. No quiero estorbar.

—¿Quieres disputarme una partida de ajedrez? — preguntó sir John con cierto embarazo—. Es decir, ya que estás aquí...

—Pues... lo mismo me da... Has olvidado el juego, ¿eh?

—Tengo olvidado yo más de ese juego de lo que tú sabrás en toda tu vida—aseguró sir John—. ¿Tú crees que llegará Kathleen a tiempo?

—No tardaremos en saberlo — repuso el médico sentándose a la mesa y ayudando a sir John a preparar el tablero. De pronto alzó la cabeza y dijo: —John, conozco a alguien que se alegrará de lo que has hecho esta noche.

—Sí—dijo el anciano—. Se alegra, lo sé. Y, a propósito, Owen: ¿te he presentado ya mis excusas?

—¿Excusas? ¿Por qué?

—Como tú quieras — murmuró el viejo, altamente emocionado, de un modo muy extraño.

Empezó la partida. Sir John no tardó en quedarse dormido, como de costumbre.

—Apenas hay luz bastante para ver — gruñó Owen, moviendo una de sus piezas.

De pronto se dió cuenta de que su amigo dormía.

—¡Hombre! — exclamó—. Me gustaría jugar contigo una partida en la que siguieras despierto hasta el final.

Sir John no se movió.

El médico se puso en pie y, andando de puntillas, se acercó a su amigo y recogió la pipa que se le había escapado a éste de la mano.

—¡Viejo John! — murmuró cariñosamente, depositando la pipa en la mesa; y andando con cuidado para no despertarle, salió de la habitación.

No bien quedó el cuarto desierto apareció el espectro de Moon-

yeen vestido, como siempre, de novia.

—¡John! ¡John! — llamó con dulzura.

De la figura dormida se desprendió otra más joven, transparente, que se acercó a ella.

—¡Moonyeen! — dijo la imagen, llena de alegría.

—¡John!

—¡Por fin volviste a mi lado! — exclamó él.

—No, amor mío — repuso ella con dulzura—. Tú has vuelto a mí.

—¡He estado tan solo sin ti! — murmuró él—. ¡Te he echado tanto de menos! ¿Sabes? Por poco estropeé dos vidas. Has de perdonarme, alma mía... voy haciéndome viejo...

—¿Viejo, querido? ¡Mira!

Moonyeen señaló la figura inclinada sobre la mesa en actitud de dormir.

Sir John comprendió en seguida su significado.

—¡Oh! — exclamó—. ¿Es esto, pues, lo que llaman morir? No es nada, ¿verdad?

—No es nada y lo es todo, que-

rído—aseguró Moonyeen—. Ahora estamos juntos para siempre...

—¡Para toda la eternidad! — exclamó sir John como si aun no concibiese que fuera posible tanta dicha.

—Ven — le dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

Las dos sombras llegaron al jardín.

Kathleen y Kenneth llegaban en aquel momento.

Moonyeen y sir John siguieron

con la vista a la pareja hasta que ésta entró en la casa.

Después salieron del jardín y subieron a la espectral carroza que les aguardaba.

Una apiñada muchedumbre de espectros rodeaba la carroza.

La sombra de una dama entregó a Moonyeen un ramillete...

El espectral cochero fustigó los caballos...

Sir John estrechó a Moonyeen entre sus brazos...

F I N

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--------------------------|--------------------------|---------------------------|---------------------------|
| La viuda alegre | Las tres pasiones. | La princesa se enamora. | Honor entre amos. |
| El gran duelo. | Cristina, la Holandesa. | Amanecer de amor. | Para alcanzar la luna. |
| Miguel Stragoff o el | Viva Madrid, que es | El gran duelo (edición | El hombre que estaba. |
| Cerco del zar. | mi pueblo! | popular. | [Rindase] |
| La princesa que supo | Sombras blancas. | Dr. Harry, mujer de po- | La calle. |
| amar | La culpa andalusa. | sión. | El prófugo. |
| El coche número 13 | Los ososcos. | La viuda alegre (edición | Milicia de paz. |
| sin familia | Teatro. | popular). | Amor de medianoche. |
| Mare Nostrum | El conde de Montecarlo | Angela del infierno. | Miguel Stragoff o el |
| Nantán, el hombre que se | La mujer ligera. | Campo y alma. | Corro del zar (edi- |
| vendió | Virgenes modernas. | El impostor. | ción popular). |
| Cobra | El pagano de Tahití. | Esposa a medias. | a hermana San Sulpicio |
| El fin de Montecarlo | Retrato dichoso. | Esclavas de la moda. | El demonio y la carne |
| Vida bohemia | La senda del 38. | Peñit Café. | (edición popular). |
| Jacob | Wito en el cielo. | May que casar al prin- | La dama misteriosa. |
| [Adiós, juventud] | Kepelimos. | cipe. | Los clavos de la Vie- |
| El judío acromi | Evangelinos. | Inspiración. | gen. |
| La mujer desnuda | Orquídeas salvajes. | El proceso de Mary Du- | Pereja de batalla. |
| La tía Ramona | El caballo. | gan. | Al Capone (Pánico en |
| Casaova | Egipcio. | Matruena. | Chicago). |
| Hotel Imperial | La máscara del diablo. | En cada puerta un amor. | El último amor. |
| Don Juan, el hablador | El pan nuestro de cada | (Contacto a ti mujer?) | Marchas de uniforme. |
| de Sevilla | ma. | El millón. | Muerto y mujer. |
| Noche especial | Vieja hidalga. | La mujer X. | Mata-Hari. |
| El séptimo cielo | Poseída. | Gente alegre. | Consortia (fuera de se- |
| Besa Geste | Tenencia. | Mar de fondo. | rie). |
| Los vencedores del fuego | La pecadora. | La llama sacrada. | Carceleras. |
| La mariposa de oro | El hueso. | La ley del harén. | Esse una vez un vilo. |
| Ham-Hut | Ello se va a la guerra. | La fruta amarga. | Hombres en mi vida. |
| El demonio y la carne | Los hijos de nadie. | Vides truncadas. | Niebla. |
| La castellana del Líbano | El pescador de perlas. | La fiara del mar. | Febra. |
| La tierra de todos | Santa Isabel de Cerro. | Tahí. | Indecible. |
| Tripoli | Las 500 mujeres. | El pasado arena. | Tacón de los monjes. |
| El rey de reyes | La canción de la extapa. | Vérti piernas largas. | El terror del hampa. |
| La ciudad castigada | El precio de un beso. | Trader Haru. | La vuelta al mundo por |
| Baños y arena | La raposida del recuerdo | Un yanqui en la corte | Douglas Fairbanks. |
| Agallas infantes | Delikassen. | del rey Arturo. | Chica hana. |
| El sargento Malacara | Del mismo haru. | El código penal. | Acción caídas. |
| El capitán Surrall | Enredados. | La pura verdad. | Champ (El campeón). |
| El jardín del eden | Cuatro de infantería. | Maternidad o el derecho | La zarpa del lagar. |
| La princesa marín | Olimpia. | a la vida (fuera de se- | Los amores de José Mo- |
| hannu | Monsieur Sans-Gêne. | rie). | rica (fuera de serie). |
| Don amantes | Sombras de gloria. | Cartón (La tragedia de | El caballero de la noche. |
| El príncipe estudiante | Mamba. | la mina). | Arden Lupin. |
| Ana Karamuz | Ladrón de amor. | Estadística. | La dama del 11. |
| El destino de la carne | Molly (la gran parada). | Los peripetias de Elipsey | Amor en venta. |
| La mujer divina | El valiente. | ¡Qué vinita! | El pecado de Madalón |
| Alce | ¡De frotte... marchen! | El camino de la vida. | Claudet. |
| Cuatro hilos | Prim. | Noches de Viena. | La casa de las muertas. |
| El carnaval de Venecia | El pretendido. | Mamá. | Tizanes del cielo. |
| El ángel de la calle | Romance. | Esas traza. | El proceso Dreyfus. |
| La última cita | El gran charra. | Cheri-Hibi. | La vida de un gran ar- |
| El enemigo | Tempestad. | Béame otra vez. | tieta. |
| Amantes | El hijo del mar. | Camareta de lujo. | El último varón sobre la |
| La ballarina de la Ope- | Anne Christie. | Los Mios de la sala. | Tierra. |
| ra. | Sevilla de mis amores. | La divorciada. | Pantomas. |
| Moulin Hongt. | Mariposas nuevas. | Madame Satán. | Violetas imperiales. |
| Boo All. | Ham-Hut (edición popu- | ¿Cuándo se entienda? | Boy un fugitivo. |
| Los cuatro diablos. | lar). | Martínica. | Teresa. |
| ¡Mia, payasa, etel | La incorregible. | El cartel amarillo. | La película de las carre- |
| Volga. Voles. | El majo. | Honorable a tu madre. | ras. Grand Hotel (Re- |
| La sinfonia patética. | El paya real. | En última noche | tra de serie). |
| Un viento muchacho. | Bajo el techo de París. | Las alegras chicas de | Hollywood al desnudo. |
| Nostalgia | Wu-li-chang. | Viena. | angst solo. |
| La ruta de Singapore. | Monteruio. | ¡Viva la libertad! | El doctor X. |
| La actriz. | Camino del infierno. | Malvada. | Emma. |
| Mines Wn. | Mis social | El temiento del amor. | Primavera en otoño. |
| Renacer. | Alcuyal | Defectos. | El hijo del destino. |
| El espectador. | La mujer que amamos. | Cielo rubado. | La o singura. |
| La melodia del amor. | Al escupido de 3-4. | margo idilia. | El enemigo en la sangre. |

El amor del hielo.	La ciudad de amor.	Una morena y una rubia.	El primer derecho de un hijo
El monstruo de la ciudad.	Salvada.	Como tú me desas.	Canción de Oriente.
El hombre que se ría del amor.	Discreto por amor.	El relicario.	La amargura del general
Susan Leone.	Corazones sin rumbo.	El amor y la guerra.	Yen.
Matrimonio de mujeres.	Corazones valientes.	En viuda romántica.	Bolivia.
Manos culpables.	Iruta-Pugant-Demara	Rasputin y la Zarina.	La vida privada de Enrique
La princesa se divierte.	(fuerza de serie).	Saxana tiene un secreto.	VIII.
La trampa astuta.	Los tres mosqueteros.	20.000 años en Slog Blug	Fra Diavolo.
El rey de los gigantes.	(Los Hércules de la	Mostramos en Budapest.	El padrino ideal.
El sargento X.	reina).	¿Milagro?	El hijo errante.
Los seis misteriosos.	Milady (1ª parte de Los	Vivamos hoy.	El hijo de la parroquia.
Esta edad moderna.	tres mosqueteros).	Odio.	Leity Lyntos.
La novia de Escocia.	Esclavitud.	Los crímenes del museo.	Barro China.
Desce al pasar.	La calle 42.	El secreto del mar.	Yo, tú y ella.
El mayor amor.	Las dos huérfanas.	Mislabios engañen.	Un laurón en la alcoba.
El expreso fantasma.	Cobalga.	No dejes la puerta abierta	Cien años de los cantores.
Al despertar.	Secreto.	Das noches.	
El robo de la Monna Lisa.	La tortu de la vida.	La melodia prohibida.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

UN HOMBRE DE CORAZÓN

por GUSTAV FRÖHLICH.

En preparación:

EL FILM NACIONAL

SIERRA DE RONDA

por ANTONIO PORTAGO, ROSITA DIAZ GIMENO,
MARINA TORRES, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

COLECCION USTED EL NUEVO ÉXITO DE
 Ediciones BISTAGNE
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- CHANDU (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
 EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
 NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froelich.
 LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
 ¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
 PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
 LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lili Dagover, Otto Gebühr, etc.
 UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
 DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
 EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
 RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
 ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
 LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, etc.
 EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
 EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
 SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
 EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
 EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
 MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
 AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lili Dagover, etc.
 ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
 ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.
 EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, etc.
 EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
 LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
 ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
 ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.
 PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.
 EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.
 AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.
 LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.
 LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.
 UNA CLIENTE IDEAL, por René Leffevre.
 DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.
 SONADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lis Torá, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. Precio: 50 céntimos

original
of copy
X163

E. B.

Precio: Una peseta